Este cuaderno contiene 88 páginas **INENARRABLES DIBUJOS**

SHERLOCK HOLMES EN
RANCHO DRÁCULA

Y OTROS ESTUDIOS Y PASTICHES EXTRAVIADOS

ES RESPONSABLE DE ESTAS PÁGINAS EL AFAMADO *CONNOISEUR* ALBERTO LÓPEZ AROCA, MITÓGRAFO CREATIVO

EN EL INTERIOR HALLARÁ UNA MISIVA ENVIADA POR JAMES MORIARTY

Sólo un autor maldito como el norteamericano **Norm Eldritch** pudo contar la más sangrienta aventura de **Sherlock Holmes**.

Léalo en este mismo ejemplar. **El Gran Detective** visitó Texas para acabar con la herencia del **Rey de los Vampiros**.

Sherlock Holmes en Rancho Drácula

Y OTROS ESTUDIOS Y PASTICHES EXTRAVIADOS

que reúne algunos textos relativos a la figura del Maestro de Baker Street durante sus años de madurez, y otros materiales extra canónicos relacionados con autores de novelas populares

POR

Alberto López Aroca

It will be cold and bitter…
—Sherlock Holmes

ACADEMIA DE MITOLOGÍA CREATIVA
JULES VERNE DE ALBACETE

Febrero de 2013

ILUSTRACIONES:
© de sus respectivos autores
(como por ejemplo, Luis Míguez o Miguel García)

DISEÑO DE LA CUBIERTA:
Profesor Scorpio

MAQUETACIÓN:
Sección Técnica de la A.M.CJ.V.A.

Sherlock Holmes en Rancho Drácula
© Alberto López Aroca, 2005, 2013

Consulte el Cuaderno de Bitácora del “Matilda Briggs” en
www.lacoctelera.com/sherlockholmes

Primera Edición: Febrero de 2013

Edita: Academia de Mitología Creativa “Jules Veme” de Albacete,
Calle Santiago, número 11, 1º centro, Madrid, 28013.
Correo electrónico: fabulasext@hotmail.com.

I.S.B.N.: (En trámite)
D.L.: (En trámite)

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Acerca de SHERLOCK HOLMES en Rancho Drácula

por Alberto López Aroca

EL AUTOR, nacido en Albacete en 1976, mantiene una cordial relación con el Maestro de Baker Street, al que tras muchas vicisitudes, logró localizar recientemente. El autor ha contado con la colaboración de Sherlock, Holmes al menos en uno de sus provectos, y mucho se teme que en algún momento, sea el señor Holmes quien lo requiera para colaborar en uno de los suyos propios.

Alberto López Aroca ha publicado ocho novelas (varias de ellas de temática holmesiana), cuatro libros de relatos y dos compilaciones de ensayos y curiosidades sherlockianas, a Las que viene a sumarse la que el lector tiene entre sus manos. En breve aparecerá también su novela Los náufragos de Venus, que viene acompañada de diversos ítems sherlockianos, no sólo no reconocidos por el Arthur Conan Doyle State, sino por el mismísimo Sherlock Holmes, que asegura que todo ese material es rotundamente falso.

El lector encontrará en el presente volumen dos partes bien diferenciadas: Una primera dedicada a ciertos autores de la llamada “novela popular”, “de a duro”, “barata”, que han realizado diversos acercamientos a la figura del Maestro de Baker Street, y que en este caso son Curtis Garland, Norm Eldritch y Harry Stephen Keeler. En la segunda parte encontrará algunos de esos “pastiches extraviados” que reza el título de la cubierta. Hay un par de humoradas elaboradas por el doctor John H. Watson, así como una muy seria declaración debida a la

pluma del inspector G. Lestrade relativa a un suceso que el amanuense de Holmes no sólo no recogió, sino que no se atrevió a mencionar.

Asimismo, y a modo de coda, el avisado lector reconocerá (o conocerá por vez primera) el peculiar estilo literario del profesor James Moriarty en una misiva que envió desde España en el año 1866. El nombre del destinatario quizá no diga nada al lector, aunque puede que le resulte útil saber que, al igual que Moriarty, fue un renombrado matemático con peculiares aficiones (sobre todo a la fotografía, un arte en el que fue un destacado y temprano exponente), así como autor de algunos libros de ficción que, por diversos motivos, hubo de firmar con un nombre distinto del suyo.

CONTENIDOS

“Aviso del autor”
“Sherlock Holmes en Rancho Drácula”
“Sangre en la jarra”
“Sherlock Holmes, Shelby Hakes y Shylo Harding: la aproximación sherlockiana de Curtís Garland”
“Acerca de *Las manos del cazador ciega* y *El manuscrito lunar*”
Pastiches extraviados: Tres reminiscencias y una fantasía breve (seguidas de una carta)

IN MEMORIAM

Juan Gallardo Muñoz

(también conocido como
Curtís Garland
Donald Curtís
Johnny Garland
Adisson Star
Dan Kirby
Elliot Tumer
Frank Logan
Glenn Forrester
Juan Viñas
Jason Monroe
Javier de Juan
Kent Davis
Lester Madox
Mark Savage
Martha Cendy
Jason Monroe
Walt Sheridan
y algunos otros nombres)

Aviso
DEL AUTOR

EL lector encontrará en el presente volumen dos partes bien diferenciadas: Una primera dedicada a ciertos autores de la llamada “novela popular”, “de a duro”, “barata”, que han realizado diversos acercamientos a la figura del Maestro de Baker Street, y que en este caso son Curtís Garland, Norm Eldritch y Harry Stephen Keeler. En la segunda parte encontrará algunos de esos “pastiches extraviados” que reza el título de la cubierta. Hay un par de humoradas elaboradas por el doctor John H. Watson, así como una muy seria declaración debida a la pluma del inspector G. Lestrade relativa a un suceso que el amanuense de Holmes no sólo no recogió, sino que no se atrevió a mencionar.

Asimismo, y a modo de coda, el avisado lector reconocerá (o conocerá por vez primera) el peculiar estilo literario del profesor James Moriarty en una misiva que envió desde España en el año 1866. El nombre del destinatario quizá no diga nada al lector, aunque puede que le resulte útil saber que, al igual que Moriarty, fue un renombrado matemático con peculiares aficiones (sobre todo a la fotografía, un arte en el que fue un destacado y temprano exponente), así como autor de algunos libros de ficción que, por diversos motivos, hubo de firmar con un nombre distinto del suyo.

Portada original de Rancho Drácula (1960)

Sherlock Holmes en Rancho Drácula

Un prólogo en tres partes

I

El holmesiano reconocerá que, a pesar de los diversos pastiches existentes, el señor Sherlock Holmes nunca reconoció haber visitado el Oeste de los Estados Unidos. Esta afirmación incluye las especulaciones vertidas por el llorado y respetado William S. Baring-Gould en su imprescindible Sherlock Holmes de Baker Street (1962), la biografía del Maestro más conocida, extendida, citada y editada. Baring-Gould, en uno de sus muchos alardes de fantasía, afirma que un joven Sherlock Holmes visitó el Far West durante sus años como actor en la compañía de teatro del viejo Sasanoff, en una gira americana. Esto, por supuesto, es una especulación extra canónica, muy divertida y sugerente, que muchos (demasiados) pasticheros han tomado al pie de la letra.

En el Canon holmesiano existen las más diversas referencias al Lejano Oeste, podríamos decir que casi desde su comienzo, si consideramos (y podemos hacerlo) la historia de Jefferson Hope, recogida por Watson-Doyle en la segunda parte de Un estudio en escarlata, como un western.

Hay muchas más referencias que son de sobras conocidas por todos. Pero ninguna nos conduce de manera directa a una posible visita del señor Holmes a aquellas tierras de hombres y mujeres duros, crimen y violencia.

No obstante, nuestras Sagradas Escrituras sí que nos informan de un tardío viaje del Gran Detective de Baker Street al otro lado del Atlántico, y de una larga estancia en tierras americanas. Este viaje tuvo lugar entre con toda seguridad entre 1912 y 1913, y se describe, como suele ser habitual en los testimonios directos de Sherlock Holmes (pensemos en el relato que hizo a Watson de sus andanzas durante el llamado Gran Hiato, entre 1891 y 1894), de una forma parca, caprichosa, incompleta e inexacta.

Encomendamos, pues, al lector, a que relea atentamente esa magnífica historia escrita por Arthur Conan Doyle (que no por el doctor John II. Watson) titulada “His Last Bow” (septiembre de 1917), y que en

castellano se su suele traducir como “Su último saludo en el escenario”.

Eso es, sin duda alguna, lo que el señor Norm Eldritch hizo en el año 1964 antes de escribir su relato “Blood in The jar”.

II

En 1960, la editorial Bruguera publicó en su colección Kansas de novelas populares del Oeste un título francamente insólito que durante años trajo de cabeza al presente autor: Se trata de Rancho Drácula (Kansas nº 115), de Silver Kane, cuyo verdadero nombre es el del célebre escritor Francisco González Ledesma. La historia de la pérdida individual, de la búsqueda multitudinaria y del feliz hallazgo final de esta novelita merecería un artículo aparte, para el cual no hay espacio en esta publicación: Baste con decir que la novela estuvo desaparecida durante años y años, y que a día de hoy, y con el beneplácito del señor González Ledesma, cualquiera puede saciar su curiosidad, descargarla gratuitamente de un montón de rincones de la Red de Redes, y leerla y disfrutarla en su sillón favorito o sentado a la pantalla de su computadora. Cosa que, por supuesto, recomendamos encarecidamente.

La búsqueda de la novela tomó tintes épicos para los aficionados al terror y, sobre todo, para los mitógrafos creativos, que empezaron a especular acerca de su contenido. La realidad es que Runcho Drácula no es tanto una novela de vampiros en el Oeste, como la historia de una mixtificación, en la que los malvados utilizan un supuesto ataúd del Conde Drácula (el vampiro creado por Bram Stoker, quien se basó en el sanguinario e histórico Vlad Tepes para escribir su novela) para realizar sus fechorías.

No obstante, otros autores de novelas populares españolas, como Juan Gallardo Muñoz (Donald Curtís) o Francisco Javier Miguel Gómez (Lem Ryan) se aproximaron desde un punto de vista más cercano a esa historia de vampiros en el Oeste en lo que podríamos denominar “sus propias versiones del Rancho Drácula”

En cualquier caso, tanto la novela de Silver Kane, como Drácula en el Oeste (Colección Diligencia nº 152, Astri, 1987; Colección Western nº 24, Astri, 1998; y Colección Caravana nº 38, Astri, 2001) y Drácula West (Colección Búfalo Serie Roja nº 1398, Bruguera, 1980; y Colección Oeste Legendario nº 417, Ediciones B, 2000) de Donald Curtís, y por último Cazadores de Vampiros (Colección California nº 1400, Bruguera, 1983) de Lem Ryan, son importantes hitos de la literatura popular, la mitología creativa y la hibridación de ambientes, y como tales, no caerán en el olvido. Todas ellas pertenecen al subgénero literario (y la que menos, probablemente sea la obra inaugural) que podríamos llamar ranchodraculiano.

III

Norm Eldritch era el pseudónimo utilizado por un autor americano tan poco conocido en España como en los Estados Unidos. Su obra se publicó en las más diversas y oscuras revistas de relatos del Oeste, y se caracterizó por la hibridación del género del western con otros géneros, sobre todo la ciencia ficción y el terror.

Los relatos de Eldritch se empezaron a recuperar en nuestro país en el año 2009, con la aparición de dos volúmenes de cortísima tirada y distribución, que aglutinaban unos pocos relatos bajo el título de Los límites del rancho. Esos dos fanzines grapados son hoy codiciados objetos de coleccionista.

Dos de esos relatos se reeditaron recientemente como anexos de la novela Necronomicón Z (Dolmen, 2012), obra del presente autor, pues Norm Eldritch aparece como personaje protagonista en dicha historia, donde se desvela la que probablemente fuera su verdadera identidad.

En diciembre de 2012, la Academia de Mitología Creativa "Jules Verne" de Albacete publicó una edición que pretende ser facsimilar (sin conseguirlo) del número 95 de la colección Bisonte Futuro, el cual contiene la novela corta —de connotaciones holmesianas bastante explícitas— La rata gigante de Sumatra en el Oeste (The Giant Rat of Sumatra Goes West), publicada originalmente en el número de noviembre de 1963 de la revista Weird Far West.

Lo que el lector encontrará a continuación es un relato que vio la luz en marzo de 1964, en la revista neoyorquina Western Island. Se trata de un cuento definitivamente holmesiano, aunque para aquellos que no se hayan dado por avisados o no conozcan bien los últimos años de la vida canónica del señor Sherlock Holmes, "Blood In The Jar" (paráfrasis de la archiconocida canción tradicional nacionalista irlandesa "Whiskey In The Jar") no será más que otro relato ranchodraculiano. Además, hay que añadir que hace referencia directa a otra obra de Eldritch (ver la contraportada del presente cuaderno), que a su vez está relacionada con la más famosa de Bram Stoker.

En cualquier caso, una rara avis.

Sangre en la Jarra

Por Norm Eldritch

—ES LA PUÑETERA batería, claro —dijo el viejo desde el otro lado del capó levantado—. Estos cacharros tienen sus días contados, James, te lo digo yo. El futuro está en el motor de combustión. Vaya si no…

El coche, un Woods Brougham eléctrico salido de fábrica ese mismo año, se había parado en mitad del camino. Gracias al Cielo, el motor no había estallado ni había soltado un último chispazo, sino que sencillamente, dejó de zumbar.

Jack James sabía que con el Woods no podían llegar demasiado lejos y desde el principio se lo había dicho al viejo, pero el viejo no le había hecho ni caso porque aseguraba que era un experto en el tema. Las cinco baterías que el viejo había echado en el maletero cuando salieron de Chicago estaban más que muertas, aunque el viejo se las había ingeniado para recargarlas en talleres que habían encontrado por el camino. Pero en México ya no habían encontrado ni baterías de repuesto ni un lugar donde cargarlas, así que en Tijuana, Jack James le había dicho al viejo que para el viaje de regreso tendrían que comprar un

carro y un par de caballos para trasladar los explosivos que les habían comprado a aquellos mexicanos, pues el automóvil no aguantaría tanto trote. Pero el viejo se había limitado a sonreír con esa carita suya de irlandés ebrio, tan afilada y que tanto se parecía al Tío Sam (con esa barbita de chivo, los ojillos grises aguzados como puntas de aguja), y había cargado las cajas de pólvora y dinamita bajo los asientos del Woods.

Jack James llevaba muchas, muchas millas pensando que el automóvil, y por supuesto, ellos dos, iban a saltar por los aires con el traqueteo.

Por suerte, el Woods se había detenido. O al menos, la última batería ya n0 funcionaba, y Jack James, un escocés nacido en Chicago, brindaría por ello en cuanto encontrara un lugar donde echar un trago. Preferentemente, con whiskey, o en su defecto con ese veneno que los texanos destilaban en bañeras a las espaldas de sus casas.

—Tienes que admitir, James, que este trasto nos ha llevado mucho más lejos de lo que imaginabas, ¿no? —dijo el viejo.

—Estamos en mitad de ninguna parte —respondió James.

—Estamos en mitad del condado de Wright, Texas.

—Sí. Y aquí no vas a encontrar baterías de repuesto.

—No, no lo creo —dijo el viejo—. Aaaaah, qué mala suerte, amigo —dijo, y escupió en el suelo—. Tendremos que ir al pueblo más cercano y robar una carreta y un par de caballos.

—¿Robar? —dijo James—. ¿No queda dinero suficiente para comprarlos?

—Me temo que no, amigo. No te lo dije, pero… ¿recuerdas ese motel de la frontera donde pasamos la noche? ¿El de la camarera a la que te querías beneficiar?

—Sí, claro.

—Pues mientras tú estabas dándole palique a esa morenita, un tipo me hizo una oferta estupenda y no pude decirle que no.

—¿Pero de qué diablos estás hablando, Altamont?

—Mira —respondió el viejo, que cerró de un golpetazo el capó y se dirigió al maletero del Woods. James, que estaba sentado en el asiento del copiloto, se dio la vuelta para observar los tejemanejes del viejo y lo vio aparecer de vuelta con un estuche de color negro y que tenía la forma de…— Es auténtico, ¿sabes?

El viejo abrió el estuche para mostrarle el interior a James, que ya sabía en qué se había gastado el dinero aquel irlandés borracho, tramposo y parlanchín.

—¿Qué te parece, James?

—Pero… ¡maldito seas, Altamont! ¿Te has gastado nuestros últimos dólares en un violín?

—Claro que no, James —dijo el viejo—. He guardado suficiente dinero para manduca y bebercio hasta que lleguemos a Chicago, y bueno, siempre podemos dormir en el coche… o mejor, en la carreta que vamos a robar. Y por cierto, esto que ves ante tus ojos no es un violín, ¿sabes? Al menos, no lo que tú entiendes por un violín… Es un Stradivarius de 1731. El mexicano que me lo vendió quería quitárselo de encima cuanto antes, porque me lo dejó tirado de precio. Se lo robó a algún ricachón que no lo echará de menos. ¿No es una maravilla? Conozco a un imbécil que me dará una buena tajada a cambio de esta joya…

Y dicho esto, Altamont se colocó el violín en el hombro, sacó un arco de la nada y tocó los primeros acordes de "Seven Drunken Nights".

James no se podía creer que el viejo se hubiera gastado la pasta de su gente, los Hijos de Cuchulain en Búllalo, en un violín viejo. Si los Hijos, esos fenianos hermanados con el Clan-na-Gael y con todas las sociedades irlandesas de los Estados Unidos llegaban a enterarse, lo matarían.

Eso si no lo mataba antes Jack James.

—¡Vamos, James! —dijo el viejo, que guardó el violín en su estuche y comenzó a caminar por la polvorienta carretera—. ¡Nos queda un buen trecho hasta que encontremos algún paleto al que timar! ¡No seas perezoso, amigo!

Jack James sacó su petaca de whiskey (que por supuesto, no era escocés, sino un matarratas que había comprado en Tijuana), bebió un trago y echó a andar tras el señor Altamont, irlandés de

Chicago, miembro de los Hijos de Cuchulain, experto en motores de automóvil y uno de los delincuentes más hábiles, rastreros y traidores que Jack James había conocido nunca.

—¿EN SERIO PAGASTE tú el Woods? —preguntó James mientras pasaban junto a un cartel indicador que decía CARSON SPRINGS 3 millas—. ¿De tu bolsillo?

—Pues claro que sí —respondió el viejo.

—¿No lo compraste con dinero de los Hijos? —dijo James.

—Jamás tiraría a la basura el dinero de los Hijos de Cuchulain.

—Entonces, ¿el violín…?

—El Stradivarius —rectificó el viejo—. No he tirado el dinero a la basura, James. Lo he invertido. Sacaré diez veces más de lo que costó. Y se lo entregaré todo a los Hijos. Espero que te haya quedado claro, amigo. No pienso quedarme ni un centavo del parné. ¿Quién te has creído que soy? ¿Un escocés?

Jack James acarició el Colt que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. No había tenido que dispararlo ni una sola vez desde que

habían salido de Chicago, y eso había sido gracias a Altamont. Porque durante el largo trayecto se habían metido más de una vez y más de dos veces en problemas. Por ejemplo, Jack James, que era un hombre de treinta y cinco años con amplia experiencia en los más diversos terrenos (robos y atracos, ejecuciones, extorsiones, y en una ocasión había ayudado a unos compañeros a secuestrar al hijo de un empresario textil de Vermont), había estado a punto de sacar el revólver al menos en una ocasión durante las negociaciones en Tijuana con los tres mexicanos que les habían vendido los explosivos. Se reunieron en un establo abandonado, y los mexicanos querían unos dólares más por la dinamita. Más de lo que estaba previsto. Pero Altamont no estaba dispuesto a ceder un solo centavo (aun a pesar de que, poco después, malgastó un dineral en comprarse un violín antiguo).

Los mexicanos se pusieron serios. Eran unos tipos sucios y grasientos y sudorosos que se sonreían continuamente, como si supieran algo que los dos gringos no podían ni querrían saber. Como si planearan hacer con ellos algo malo, muy malo. Las dentaduras de los mexicanos estaban destrozadas y sus alientos apestaban.

Jack James había considerado muy seriamente la posibilidad de disparar contra los tres. Podía hacerlo. Podía matarlos a todos. Los habría dejado fritos allí mismo. James era un buen tirador. Muy bueno.

Pero Altamont no lo permitió. El viejo no permitió que James disparara, y tampoco permitió que los mexicanos los extorsionaran.

Jack James era un profesional, sin duda. Pero Altamont era mucho mejor.

—Tenemos un trato y todos lo vamos a cumplir, amigos —les dijo Altamont a los mexicanos, la última palabra en castellano—. No pretenderéis darnos gato por liebre, ¿verdad?

—Claro que no, gringo —le respondió el único de los mexicanos que chapurreaba algo de inglés. O al menos, el único que se dignó a dirigirse a ellos en inglés—. ¿Quién te has creído que somos?

—Creo que sois unos buenos muchachos y que no tenéis ninguna mala intención. ¿Qué puedo pensar, si no, de unos amigos que venden dinamita y pólvora y detonadores a unos gringos inofensivos como nosotros? Porque si quisierais tomarnos el pelo, amigos —continuó Altamont—, quizá… quizá tendría que mencionar en voz alta quién de los presentes está trabajando para el gobierno. Y quizá tuviera que hacerlo en español, amigo.

El rostro del mexicano empalideció. Se sorbió los mocos del bigote con fuerza y dijo en inglés:

—¡Cállate la boca, gringo, y lárgate de aquí ahora mismo si no quieres que te acribille!

—¿Y estarías seguro, amigo, de que podrías hacerlo antes de que mi

amigo, aquí presente, te metiera a ti una bala en el corazón?

—¡Que te marches, gringo! —dijo el mexicano, que dio media vuelta y les indicó a sus dos compañeros (sus amigos) que tenían mejores cosas que hacer. Así que fueron ellos los que salieron del establo.

—¡Adiós, amigos! —les dijo Altamont mientras se despedía de ellos agitando la mano.

Cuando los mexicanos salieron por la puerta, Jack James corrió a la entrada para comprobar que se habían marchado de verdad y después se volvió hacia el viejo.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —le preguntó a Altamont.

—Que ese tipo no es un revolucionario, sino un agente infiltrado del general Victoriano Huerta. Un militar, un oficial, de hecho.

James ya había visto en Chicago a Altamont hacer alguno de esos trucos de adivinación. Eran fascinantes, pero no le gustaban en absoluto. El viejo parecía saberlo todo, todo, todo.

—¿Y cómo infiernos lo has sabido?

Altamont se apartó de las cajas de explosivos, sacó una petaca y papel de liar del bolsillo, se preparó un cigarrillo y se lo encendió a una distancia prudencial. Miró a Jack James por encima de la llama de la cerilla. Era una mirada muy, muy inteligente, que inquietaba al escocés.

—Está tirado —dijo el viejo—. ¿Te has fijado en su bigote?

—Lo tenía cubierto de mocos. Estos tipos son unos cerdos.

—No tanto como pueda parecer a primera vista. Sí, tenía el bigote cubierto de mocos porque estaba resfriado. De hecho, se sonó varias veces (en vano, claro) con un pañuelo. No utilizó la manga de la camisa, como los dos tipos que lo acompañaban.

—¿Y eso lo convierte en un agente del gobierno?

—No, pero el emblema que llevaba bordado en el pañuelo pertenece al ejército federal.

—Pudo habérselo robado a algún soldado muerto —dijo James.

—Por supuesto, y eso le dirá a cualquiera de sus compañeros que le pregunte al respecto. Pero no pudo robarle a un cadáver el porte de militar, el tono con que imparte órdenes como si llevara haciéndolo toda la vida, o esa forma de caminar que sólo podríamos definir como marcial, ¿verdad?

—Maldita sea, Altamont —dijo James—, eres un auténtico sabueso. Tienes instinto. Y a veces me das miedo: en otra vida, habrías sido un gran policía.

El viejo se echó a reír a carcajada limpia.

—Cualquier cosa menos un piesplanos, James. Te doy mi palabra.

ESTABA ANOCHECIENDO CUANDO llegaron a Carson Springs, y el lugar no era exactamente lo que esperaban. Un aroma penetrante y no

demasiado agradable les llenó los pulmones. Jack James no puso identificarlo de inmediato.

James ya había tenido ocasión de conocer un buen puñado de pueblos texanos durante ese viaje, tanto en la ida como ahora en la vuelta, y en ningún caso se trataba de lugares especialmente acogedores. Los pueblerinos nunca aparecían para saludarlos cuando cruzaban las localidades con el Woods, quizá sólo algunos niños que corrían tras el vehículo y poco más. En Texas no gustaban los forasteros.

Pero Carson Springs parecía un pueblo fantasma, y así se lo dijo James al viejo.

—Ahora sí que estamos fastidiados, Altamont. Lo han abandonado todo.

Se encontraban en la calle principal (y probablemente única) de ese diminuto rincón de América, ya a la salida del estado de la Estrella Solitaria. James vio los postes del tendido eléctrico por toda la calle y los cables que se conectaban con las tomas de luz de los edificios de madera, pero en aquellas viejas casas, todas ellas construidas hacía no menos de cuarenta, cincuenta años o puede que más, no se veía luz alguna.

El viejo se limitó a soltar un gruñidito y cruzó la calle hasta una de las puertas. Echó un vistazo al porche, se agachó junto a los desvencijados escalones de madera y los examinó con el rostro muy cerca de los tablones. James vio cómo el viejo olisqueaba el suelo, tal y como había visto hacer en una ocasión a un indio rastreador. Después, Altamont se incorporó y se detuvo ante la entrada de la casa. Las ventanas estaban enrejadas y James se percató de las ristras de ajos que colgaban de las celosías.

—Eso es a lo que huele todo este lugar —dijo James—. ¿Para qué diablos…?

El viejo carraspeó y arrancó una de las cabezas de ajos trenzados. Le dio un mordisco sin molestarse en quitarle la cáscara y a continuación escupió el pedazo al suelo.

—No están secos —dijo, y se guardó la cabeza de ajos en el bolsillo —. De hecho, son frescos. El pueblo no está deshabitado.

—Pues llama a la puerta —dijo James—. Necesitamos ayuda.

—Sí —dijo el viejo, que le lanzó a James una mirada muy extraña—. Claro que sí.

Altamont golpeó la puerta con los nudillos tres veces y esperó. Jack James subió los escalones para situarse junto al viejo, que era mucho más alto que él (le sacaba toda una cabeza, aquel espigado irlandés).

Esperaron durante todo un minuto y James aporreó la puerta.

—¡Eh, amigos! —gritó—. ¡Amigos! ¡Tenemos un problema con nuestro automóvil! ¿Podrían echarnos una mano?

James empujó la puerta para comprobar que estaba cerrada. Después se acercó a la ventana y dijo:

—¿Es que no hay nadie en casa? ¡No somos delincuentes!

Pero no hubo respuesta.

—Probemos en otra —dijo James.

Altamont negó con la cabeza. Su rostro aún tenía esa expresión tan rara que Jack James no había visto antes en el viejo. Se habían conocido seis meses atrás, en marzo, en el cementerio católico de Mount Carmel, a las afueras de Chicago. Durante aquella reunión de exaltados galeses, escoceses e irlandeses, un tipo al que James conocía, un tal Duncan McDougal, estuvo despotricando durante tres cuartos de hora contra los ingleses y se lo tomó con calma para llegar a la conclusión de que había que fundar una nueva hermandad en América que aglutinara a los diversos movimientos independentistas de Gran Bretaña. No lo hizo del todo mal ese McDougal, pues logró que los presentes en el cementerio se unieran, al menos, para propinarle una soberana paliza y dejarlo inconsciente en tumba abierta.

A nadie le parecía buena idea trabajar codo con codo con sus vecinos. Sin embargo, Jack James y Altamont no estaban totalmente en desacuerdo con McDougal: A ninguno de los dos les importaba trabajar con quien fuese para lograr un objetivo común. Y cuando caminaron de regreso a la ciudad desde el cementerio, el viejo y James descubrieron que ambos tenían al menos un par de puntos en común: Los dos querían prenderle fuego por los cuatro costados a Inglaterra, y los dos buscaban un compañero de fechorías, pues ambos eran delincuentes profesionales.

Jack James y Altamont hicieron un par de trabajitos juntos: una joyería y un corredor de apuestas que trabajaba para un gángster de origen irlandés; lo curioso del segundo trabajo fue que el mismo Altamont se lo propuso a James, que en verdad no se sorprendió demasiado cuando el viejo le dijo: “¿Y qué crees que piensan hacer esos pandilleros baratos por Irlanda? Nada de nada”. Antes del verano, Altamont se largó a New York, pues le aseguró a Jack James que había hecho un par de contactos interesantes que pensaban introducirlo en una sociedad pro irlandesa. Y en agosto, Altamont se presentó en la puerta de casa de James montado en un Woods Brougham nuevecito con una propuesta en firme: Hacer un viajecito a la frontera mexicana para comprar explosivos por cuenta del grupo pro irlandés en el que habían admitido a Altamont, los Hijos de Cuchulain.

James sabía que los Hijos usarían los explosivos para fastidiar a los ingleses y a sus simpatizantes en Estados Unidos, así que no veía problema en acompañar al viejo y sacar una pequeña tajada del asunto.

A Jack James incluso le apetecía cruzar el Atlántico para poner él mismo algunas bombas en Londres. Quizá en Whitehall o en Trafalgar Square. O en el Parlamento. Eso le habría encantado, ver a todos esos

lores estirados volando por los aires o correteando por los pasillos, envueltos en llamas…

James le había hablado a Altamont de esa imagen, y el viejo había asentido y sonreído.

—Quizá haya algún modo de que podamos hacer más daño a esos bastardos —le había dicho Altamont.

—¿Cómo?

—Es sólo una idea, y tengo algún contacto que quizá pueda ayudarnos, pero…

—¿Cómo, Altamont?

—Trabajando para los alemanes en Inglaterra —le había respondido el viejo.

—Para los alemanes —repitió James, y en ese momento pensó que Altamont era un tipo definitivamente raro.

Ahora, en Carson Springs, James detectó algo aún más extraño en Altamont, ese viejo con el que pensaba viajar al otro lado del Atlántico para convertirse en espía al servicio del Káiser Guillermo.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó James—. ¿Qué has visto?

—Exactamente lo mismo que tú. Pero tú sólo ves, y yo observo —respondió el viejo, que salió del porche y miró hacia el cielo. El sol se estaba poniendo y aparecían las primeras estrellas—. Vamos, ¿no querías intentarlo en la siguiente puerta?

CINCO CASAS DESPUÉS, con sus respectivas ristras de ajos en las celosías y en un par de ellas, crucifijos clavados a las puertas, James decidió dejar de gritar y de magullarse los nudillos contra la madera.

Altamont, en mitad de la calle, no lo estaba mirando a él, sino a alguna otra parte.

—¿Has visto algo? —dijo James.

El viejo señaló hacia su izquierda, casi al final del pueblo. James vio el carro detenido y la silueta de una o dos personas. Y ahora escuchó las voces, que en realidad eran apenas unos susurros.

—¡Eh, oigan! —gritó James—. ¡Oigan!

—Cállate ven conmigo —dijo Altamont, que echó a andar hacia el carro.

James no se atrevió a contradecir al viejo, pero metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y palpó el Colt. Estaba frío, como el ambiente, pues la temperatura había bajado varios grados desde que dejaron el Woods en la cuneta. Se subió las solapas para cubrirse un poco la cara y dejarla sumida en sombras. Era una costumbre que había adquirido: ocultar su rostro, en la medida de lo posible, ante desconocidos.

Parecía que, después de todo, el viejo tenía razón y en Carson Springs sí vivía alguien.

Junto al carro había un anciano barbudo y encorvado, tocado con un Stetson de copa alta, y estaba cubriendo con una manta a una muchacha. El anciano estaba entregándole algo ("¿billetes?", se dijo James) a otro hombre, un tipo calvo de unos cuarenta años, que lucía un bigote pelirrojo. Estaban frente a la puerta abierta de una casa y bajo el dintel había una mujer con el pelo canoso, el delantal sucio, las manos entrelazadas sobre el estómago. La mujer vio llegar a James y a Altamont, pero no hizo nada al respecto. El anciano estaba ayudando a la muchacha a subir al carro, que en realidad era una calesa cubierta, cuando Altamont dijo:

—Buenas noches, amigos. ¿Es esto Carson Springs?

El anciano procedió a subirse él mismo a la calesa sin responder. El caballo de tiro resopló con fuerza cuando Altamont le acarició el hocico.

—Sí, señor —dijo el tipo del bigote pelirrojo.

—Gracias por responder, buen hombre —dijo Altamont—. Y me gustaría saber, ¿hay aquí algún lugar en donde dos forasteros puedan pasar la noche? Pagando con buenos dólares americanos, por supuesto.

—No —respondió el del bigote, y dio media vuelta en dirección a su casa.

—¿Y no cree usted que podrían alojarnos a mi amigo y a mí en el lugar al que este caballero de la calesa va a llevar a la chica? A su hija, quiero decir…

El hombre del bigote se detuvo en seco y su mujer le hizo señas con las manos. El hombre apretó el paso adelante y entró en la casa sin mirar atrás. La mujer se quedó un momento mirando a los dos desconocidos y a la muchacha, que estaba en la calesa observando la escena, y cerró dando un portazo.

—¿Sois irlandeses? —dijo el anciano desde el pescante de la calesa.

—Yo, de Chicago —respondió Altamont—, pero más irlandés que muchos que dicen serlo. Aunque mi amigo aquí presente, el señor James, es escocés. Muy escocés. Pero nacido en Chicago, como servidor.

El anciano barbudo se echó a reír. Y era una risa que sonó un tanto siniestra.

—Sois buenos chicos, ¿verdad? —dijo el anciano—. Se os nota a la legua… ¿Os han robado los caballos? ¿Se os ha roto el eje del carro?

—Un automóvil —dijo Altamont sin dar otra explicación, y se encogió de hombros.

—¿Uno de esos cacharros modernos? —dijo el anciano—. Ah, no podréis arreglarlo en ninguna parte si no vais mucho más al norte…

—No teníamos esa intención —dijo Altamont—. Queremos caballos. Podemos pagarlos si alguien nos los vende —dijo, y sacó una cartera del bolsillo.

—Ya veo, ya veo… sois buenos chicos, ¿eh? Un irlandés y un

escocés, y los dos de Chicago…

—Eso es, amigo.

El anciano barbudo miró a la muchacha y dijo:

—¿Tú qué dices, Ruth? ¿Crees que el señor Quincey querrá venderles un par de caballos a estos dos? —dijo, y se echó a reír de nuevo. La muchacha no respondió. Miró a Altamont y después a James, que se percató de que la chica tenía los ojos llorosos y hundidos—. Mirad, vais a hacer una cosa: Echad a andar por la senda que voy a tomar. Yo iré delante con Ruth, y le hablaré de vosotros al señor Quincey. Seguro que os dará algo de comer, un sitio donde dormir, y si le caéis bien, quizá hasta os venda un par de jamelgos. Yo mismo os recogeré cuando deje a Ruth en el rancho. ¿Qué me decís, muchachos?

—Que en este pueblo, nadie nos va a hacer una oferta mejor —dijo Altamont.

—Soy Herbie —dijo el anciano y se tocó el ala del sombrero—. Ahora os veré.

Y arreó al caballo.

La calesa echó a rodar y Altamont y James empezaron a caminar tras ella.

—Pobre chica —dijo James—. Es una vergüenza… Deberíamos volver al coche para coger un par de cartuchos y ponerlos en casa de sus padres, ¿no te parece?

—Quizás esto no sea lo que parece —respondió Altamont.

—¿Ah, no? ¿Y no crees que esos hijos de mala madre están vendiendo a su hija al hacendado del pueblo?

—Sí, eso es lo que creo.

—¿Entonces?

—Hmmm…

—Aaaaah, Altamont, a veces no hay quien te entienda…

HERBIE LOS RECOGIÓ cuando llevaban apenas una milla y media de camino por el sendero que el anciano les había indicado. James y Altamont habían convenido no robar la calesa y el caballo del anciano barbudo; necesitaban al menos dos caballos y una carreta más estable en la que acomodar los explosivos. Tendrían que echar un vistazo en el rancho del señor Quincey.

Durante el resto del trecho, Herbie les estuvo sonsacando con habilidad (de un modo sutil) quiénes eran, de dónde venían y adonde se dirigían en realidad. Pero sólo consiguió que Altamont le contara un montón de mentiras y vaguedades.

—Tu patrón se divierte mucho con las chicas del pueblo, ¿verdad? —se le ocurrió decir a James, que interrumpió a Altamont en mitad de una media verdad—. ¿O es sólo con esa niña? ¿Ruth, se llama? Y a todo esto,

¿qué clase de hombre es el señor Quincey? ¿Un viejo verde?

James esperaba que Altamont lo reprendiera, pero no lo hizo. Por el contrario, se limitó a observar a Herbie sin tan siquiera mirar a su amigo.

—Es una forma poco adecuada de hablar del hombre que os ha invitado a su casa, muchachos, ¿no os parece? —dijo Herbie—. Porque el señor Quincey os ofrece comida y cama.

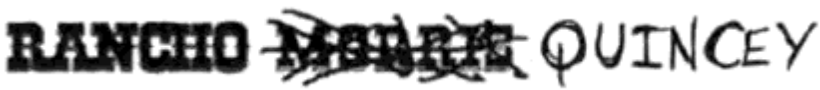
Altamont guardó silencio.

—Quizá tenga usted razón, Herbie —dijo James—. Pero no ha contestado a mi pregunta.

El anciano no quitó los ojos del camino cuando dijo:

—Aguarda un poco y lo averiguarás, chico. Ya estamos llegando.

La luna llena había salido y se alzaba sobre sobre una gran casa familiar de estilo colonial, rodeada por un cercado de madera. Había un arco de piedra a la entrada del recinto, sobre el cual pendía un letrero fabricado con tablones y cogido por dos cadenas oxidadas, en el que apenas se leía:



—Ya empiezo a hacerme una idea de cómo es su señor Quincey —dijo James. Esperó a que Altamont le diera un codazo para que cerrara el pico, pero eso no sucedió.

Herbie tampoco dijo nada.

Pasaron bajo el arco y pudieron ver, a la derecha, un pozo con el pretil roto, y más allá un cercado para reses en el que no había un solo animal. Los árboles que bordeaban el caminito que conducía a la entrada de la casa del rancho estaban secos y en el aire flotaba un olor muy desagradable que no se parecía en nada al de los ajos.

—¿Tienen minas de azufre por aquí? —dijo James mientras bajaba de la calesa.

—No, en el condado de Wright sólo hay petróleo, aunque no cerca de Carson Springs —dijo Herbie—. Ni una sola mina de azufre. La peste es de uno de los caballos, que murió anteayer y aún no he podido enterrarlo. Se está corrompiendo en las cuadras. Seguidme, el señor Quincey os está esperando.

La casa del rancho debía haber sido realmente esplendorosa en otra época, quizá en un tiempo no demasiado lejano, pero ahora estaba algo más que descuidada: De lejos, el edificio conservaba sus contornos, pero visto de cerca parecía medio derruido, o al menos a punto de venirse abajo. Había varias ventanas rotas y tejas por el suelo, así como astillas

muy grandes desperdigadas aquí y allá. Lo único que parecía nuevo era el pesado portón de la entrada, con una gran cerradura que Herbie abrió con una llave también muy grande.

—Adelante —dijo Herbie, que entró primero y les mostró el vestíbulo.

Estaba oscuro.

—El señor Quincey os espera en el comedor —dijo Herbie—. Es ahí, en aquella puerta.

—¿Y no cenará usted con nosotros, amigo? —dijo Altamont.

—Tengo un caballo que enterrar —respondió Herbie, y salió de la casa.

James y Altamont escucharon cómo el anciano barbudo cerraba el portón de la casa y giraba la llave dentro de la cerradura. También lo oyeron reír.

James se quedó mirando al viejo irlandés, y estaba a punto de hacer algún comentario cuando Altamont dijo:

—No hagamos esperar más a este ricachón, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —dijo James—. ¿Crees que podremos desplumarlo?

—Quizás —dijo Altamont—. Y si no, al menos le cortaremos las alas.

James esbozó una sonrisa maliciosa, pero su gesto se diluyó cuando escuchó la sonora carcajada de Herbie, procedente de alguna parte al otro lado de los muros de aquella casa que, ahora se dio cuenta James, parecía un castillo medieval, húmedo, lóbrego y repleto de telarañas.

Altamont fue hacia la puerta que les había indicado Herbie y la abrió.

No se molestó en llamar.

—ESTÁIS EN VUESTRA propia casa, libres de hacer vuestra voluntad —dijo el dueño del rancho.

Jack James observó que se trataba un hombre mucho más joven de lo que había supuesto; de hecho era posible, por su aspecto, que fuera incluso más joven que él. Jack James le adjudicó veinticinco y ni uno más.

Y sin embargo…

El anfitrión, vestido como un vulgar vaquero pero sin más armas visibles que un gran cuchillo Bowie que llevaba colgado del cinto, se levantó de la gran mesa, que debía haber salido de algún comedor para los trabajadores del rancho y ahora estaba embutida en un salón demasiado pequeño, la rodeó, casi chocando con las paredes, y se presentó mientras les estrechaba la mano a los dos recién llegados:

—Quincey Morris, compañeros —dijo—. Luego no contéis en Chicago que en Carson Springs no os hemos tratado bien, ¿de acuerdo?

Altamont dijo su nombre en voz alta y sostuvo el apretón de Morris

con una sonrisa forzada en los labios. Morris era casi tan alto como el viejo. Casi.

Jack James también estrechó con fuerza la mano del joven Morris y sintió dos cosas: Dolor, pues el chico era mucho más fuerte de lo que parecía (estaba tremendamente pálido) y respondió al apretón con demasiado brío. Y James también sintió frío, mucho frío. El muchacho estaba congelado, como si no tuviera sangre en las venas.

James retiró rápidamente la mano y se la metió en un bolsillo de la chaqueta. Concretamente, en el bolsillo donde guardaba el Colt.

Morris lo miró fijamente. Los ojos de ese muchacho eran como dos carámbanos transparentes, pero oscuros. James sintió que le estaban taladrando la cabeza. Pero no podía dejar de mirar los ojos de ese muchacho bigotudo que sonreía con total naturalidad, sus labios rojos, carnosos…

—Querréis comer algo, ¿verdad? —dijo Morris—. Tenemos jamón para la cena y si les apetece, un estofado que preparó el bueno de Herbie esta mañana… Pero os aviso de algo: la carne que lleva no es vaca. ¿Seríais capaces de adivinar…?

—Caballo —lo interrumpió Altamont—. Yo sí lo comeré. Si los franceses lo hacen, yo también puedo hacerlo. Soy irlandés.

—Ya me lo ha dicho Herbie —respondió Morris—. Tomad asiento y coged lo que queráis. Tendréis que disculparme por no haberos esperado, pero yo ya he cenado. —Y miró a James mientras dijo—: Estofado de caballo. De yegua, en realidad. Hmmm… deliciosa, la carne de yegua.

Altamont ya se había sentado a la mesa y se estaba sirviendo estofado del caldero en un plato. James tomó asiento a continuación, pero no pensaba comer caballo. Ni yegua. Y la verdad es que no le apetecía lo que ese tipo les estaba ofreciendo.

Cogió un pedazo de pan (duro y mohoso) y lo mordisqueó mientras miraba de reojo cómo Quincey Morris regresaba a su lugar, en la cabecera de la mesa.

—Háblenos de usted, señor Morris —dijo Altamont con la boca llena de carne.

—Es Quincey, compañero. Sólo Quincey… ¿No vas a comer nada más que pan, amigo? —le dijo a James—. Quizá en la despensa haya alguna otra vianda, si no te gusta el jamón; ¿quieres que avise a Herbie? ¿No? Está bien, como tú quieras, haz tu voluntad libremente… Al menos, eso es lo que yo hago siempre.

Altamont se sirvió unas lonchas de jamón ya cortadas en el plato y las mezcló con las patatas cocidas que acompañaban al estofado.

—¿Qué queréis saber? —dijo Morris.

—¿Vives solo aquí, Quincey? —dijo Altamont—. Y ¿no tienes nada

para beber?

—Estoy con Herbie, que me ayuda a llevar lo que queda del rancho —respondió Morris. El muchacho se puso en pie y le acercó a Altamont una jarra—. Es whiskey. Eso le gusta a los irlandeses, o eso lie oído decir… —dijo, y se rió. James vio algo en esa sonrisa que no le gustó nada, aunque no supo exactamente qué era.

Altamont se sirvió un vaso y se lo bebió de un trago. Soltó un eructo que intentó tapar, en vano, con el dorso de la mano. James se dio cuenta de que el viejo lo había hecho a propósito. No quería hacerse el estirado delante de aquel paleto.

—¿Y tu familia, Quincey? —dijo el viejo.

—Toooodos muertos —dijo Morris, con ese tonillo casi musical que tanto se oye en Texas—. Una epidemia, hace ya bastantes años.

—¿En serio?

—Sí, un asunto muy triste —dijo Morris con esa sonrisa suya en la cara. James empezaba a percatarse de que Morris le parecía una criatura repulsiva. Y a ese tipo… bien, le pasaba algo en la boca… ¿o eran imaginaciones suyas?— Primero padre, luego madre y después mi hermano Stephen, el pequeño Steve. Toooodos muertos —canturreó—. Y el rancho, para mí.

—¿No bebes, Quincey? —dijo Altamont, que se levantó para acercarle la jarra a su anfitrión.

—No desde hace años —dijo Morris—, No me sienta bien.

—Qué pena —dijo Altamont—. El día que yo no pueda tomar whiskey, será el día en que me entierren. Los demás beberán por mí.

—Brindo por eso —dijo Morris y posó su mirada sobre James—. ¿Tú no bebes, compañero? ¿Mi whiskey no es lo bastante bueno para ti? No es whisky escocés (vosotros lo llamáis así, whisky, ¿verdad?), pero aquí tu amigo el irlandés no le ha hecho ascos… Ni a mi whiskey ni a mi yegua estofada.

—No me apetece beber —dijo Jack James.

—Jamás creí que oiría a un escocés decir esas palabras —dijo Morris —. Ah, diablos, se me está quedando el gaznate seco… Creo que yo también necesito echar un trago, después de todo.

El joven Morris se levantó de la mesa, la rodeó, le dio un pequeño empujón a Altamont y salió por la puerta.

—No me gusta ese paleto —dijo James—. Nada de nada.

—Lo sé —dijo Altamont.

—Creo que voy a meterle un poco de plomo en el cuerpo.

—Hmmmm…

—Qué.

—Creo que no serviría de nada.

—¿Qué quieres decir?

Altamont se sirvió otro vaso de whiskey.

—Este matarratas es horrible —dijo el viejo—, Pero tiene muchos grados. Muchos.

Le dio un sorbo al vaso.

—¿Qué quieres decir con eso de que no serviría de nada? —volvió a decir James—. ¿Que no cambiarían las cosas en este pueblo si nos cargamos a este montón de basura?

Altamont miró a Jack James con esos ojos grises suyos que, como él decía, no veían, sino que observaban, y a continuación tomó el estuche del violín, lo abrió y sacó el Stradivarius. El arco, de nuevo, apareció de la nada —James llegó a la conclusión de que Altamont lo llevaba en un bolsillo interior del abrigo, donde probablemente también guardaba algún arma— y le arrancó un par de notas al instrumento.

—Me temo que el señor Quincey Morris no es lo que tú crees, sino algo peor —dijo Altamont.

—¿El qué? ¿Un inglés?

—Algo peor que un inglés, James. Algo mucho peor…

La puerta del salón se abrió de nuevo.

—Bueno, compañeros, os voy a pedir que moderéis vuestro lenguaje porque vengo acompañado de una dama —dijo Morris, que entró acompañado por la chica a la que habían visto en el pueblo—. Os presento a Ruth Myers, hija del señor Randolph Myers, de Carson Springs. Aunque creo que ya la conocéis de vista. La llamaré Lucy, si no os importa. Es un capricho, y a ella también le da igual, ¿verdad, Lucy? —La chica no respondió. Ni tan siquiera miró a Morris—, Lucy, estos son mis invitados, los señores Altamont y James, de Chicago.

La chica no dijo nada. Tenía la mirada perdida y ahora que James podía verla bajo la luz de un par de candelabros que había sobre la mesa (el tendido eléctrico no había llegado al Rancho Morris Quincey), se percató de hasta qué punto estaba pálida. Ruth Myers iba envuelta en una sábana blanca —en la que James vio unas sospechosas manchas de color rojo—, estaba descalza, y si se la hubiera encontrado tumbada en una caja de pino, a James no le habría extrañado en absoluto.

—Saludo a estos caballeros, Lucy —ordenó Morris.

—Ho-la —dijo la chica separando las sílabas y en apenas un susurro sin entonación. Alzó la mano derecha y movió los dedos para describir un saludo. La mirada de Ruth estaba fija en algún lugar id otro lado del salón, o quizá mucho más lejos, más allá de la pared.

—Encantado de conocerte, jovencita —dijo Altamont, que no se levantó de su asiento. Dejó que el arco se deslizara sobre las cuerdas del violín y sonó una nota estridente—. Veo que has sufrido algún accidente… aunque no puedo imaginar qué te ha sucedido. Esas marcas en el cuello no tienen muy buen aspecto…

Jack James se fijó en el detalle que acababa de señalar el viejo: En efecto, Ruth mostraba dos agujeritos en la parte izquierda del cuello… y la señal, bastante inequívoca, de un mordisco.

Al escocés de Chicago se le puso la carne de gallina. Parecía que el paleto era de esa clase de tipos a los que les gusta hacer daño a las mujeres. James había conocido a bastantes hombres que les zurraban a sus novias o a sus mujeres o a sus hijas por el mero placer de hacerlo, pero ¿morderles en el cuello hasta hacerlas sangrar? Eso era nuevo para Jack James.

—Esas marcas tienen perfecto sentido, compañeros, como podréis comprobar en breve —dijo Morris, y empujó a la muchacha delante de él para llevarla a la mesa—. ¿Os he dicho que en mis tiempos viajé mucho? ¿No?

—No, no nos lo has contado, Quincey —dijo Altamont, que seguía rasgando el violín—. Pero apostaría a que has estado en Corea, has recorrido parte de Sudamérica, y has pasado algún tiempo en Inglaterra. Y yo diría que también has visitado el Este de Europa.

—¡Vaya, eres un auténtico adivino! —dijo Morris mientras tomaba asiento y hacía que la chica se sentara a su lado. La mirada de Ruth estaba vacía—. ¿Cuál es el truco?

—Altamont es un tipo muy listo —intervino Jack James.

—Sí, claro que es un tipo muy listo —dijo Morris—. Quizá demasiado listo… ¿Cómo lo has hecho, viejo?

—Es sólo un juego de salón que aprendí de niño —respondió Altamont, que empezó a entonar "*Whiskey In The Jar*" al violín—. Mi hermano me enseñó a fijarme en los detalles. Nada más.

—¿Detalles? —dijo Morris—. ¿Qué detalles?

—Tu ropa. Tu acento. Tus manos. Tu piel. Tú casa. Todo lo que haces, todo lo que te rodea habla de quién eres y qué has hecho —dijo Altamont, tarareando la vieja canción irlandesa.

—¿En serio?

Altamont dejó de tocar el violín y miró fijamente a Morris.

—No hay muchos lugares en el mundo donde te puedan hacer un tatuaje con letras coreanas como el que veo que asoma por la manga derecha de tu camisa, Quincey. Y esa cabeza disecada que está detrás de ti es de un puma distinto de los que tenemos en Norteamérica, yo juraría que es una variante de las que viven en Perú… Además, junto a la cabeza hay un par de boleadoras auténticas, que sin duda serán el presente de algún amigo gaucho que hiciste durante tu viaje a la Pampa. Y ahí, junto a la chimenea, se te puede ver en una fotografía junto a dos caballeros (un médico, pues reconozco esa clase de maletín, y un joven de la aristocracia, un lord, nada menos, si no me equivoco). Los tres estáis posando cerca del Palacio de Westminster. Incluso se puede ver el

Big Ben. Creo que me serviré un poco más de ese whiskey tuyo, Quincey. Tengo la boca seca.

Altamont dejó el Stradivarius descuidadamente junto a su plato de comida y agarró la jarra para rellenar el vaso.

—Estabas en lo cierto, escocés —le dijo Morris a James, y le pasó un brazo por los hombros a la chica. Le dio un beso en el cuello, justo en el lugar donde tenía las dos heridas—. Tu compañero es tan listo como dices. Pero ¿y Europa del Este?

Altamont bebió un sorbo de su vaso, volvió a tomar el violín y siguió tocando "*Whiskey In The Jar*" pero ahora en una versión ralentizada y un tanto oscura, como si la música tuviera una forma y un peso definidos. James sintió que el ambiente era opresivo, pero aún así, sacó un cigarrillo y se lo encendió.

El Colt, en su bolsillo, ya no estaba frío. No se había dado cuenta de que llevaba mucho rato cogiéndolo con la mano derecha.

—Ah, esa tontería sobre Transilvanía me la inventé —dijo Altamont —. ¿Es que he acertado?

Morris sonrió y, ahora sí, abrió la boca para mostrarles a sus invitados la dentadura completa. Los ojos del joven Morris chispearon como si tuviera fuegos artificiales dentro del cráneo, y James se dio cuenta de dos cosas: La primera, que Quincey Morris no tenía veinticinco años, sino bastantes más, quizás el doble, pues cuando abrió la boca, su rostro mostró todas sus arrugas y otra cosa que Jack James no pudo definir (pero era algo que 110 le gustó en absoluto). Y la segunda, que las heridas que Ruth Myers (o Lucy, como la llamaba ese bastardo) tenía en el cuello se las había infligido Morris con sus propios colmillos, que eran largos, puntiagudos, y absolutamente desproporcionados.

—Claro que has acertado, compañero —dijo Morris—, Y antes ni siquiera has mencionado Transilvanía…

—¿En serio?

—Vamos, no pretenderás engañar a un pobre palurdo como yo, ¿verdad, viejo? Cuéntame cómo lo has hecho. No tengo toda la noche.

Aquello ya no era un chiste ni una broma, sino una orden. James sacó el Colt y lo dejó disimuladamente bajo la mesa, sobre los muslos, al alcance de sus manos. No entendía lo que estaba sucediendo allí ni por qué Altamont estaba conduciendo el asunto de esa manera. Lo único que quería era meterle dos balas en la cabeza a esa cosa (porque ya no podía pensar en Morris como una persona), robar un par de caballos y poner tierra de por medio, lejos de Carson Springs, del condado de Wright y de Texas.

—Supongo que he tenido suerte —dijo Altamont, arrastrando las palabras al ritmo pesado de la melodía que tocaba en el violín.

—Vamos, viejo, cuéntanoslo a Lucy y a mí —dijo Morris, que agarró a Ruth por el cuello y la atrajo hacia su rostro. La besó en los labios de un modo bastante obsceno y sonoro. La chica no opuso resistencia.

—La fotografía en la que apareces con tus amigos, el médico y el lord, es una buena pista —comenzó Altamont—. Porque a primera vista, cualquiera diría que te la tomaste, no sé, hace unos meses, ¿verdad? Te ves igualito, Quincey. No has cambiado un ápice. ¿Tú qué opinas, James?

James podía ver la fotografía, enmarcada sobre la chimenea, desde su asiento. Pero no pensaba decir nada.

—Y sin embargo —continuó el viejo—, no es una fotografía reciente. El papel empieza a decolorarse. Y la ropa que vistes en la imagen, igual que la de tus amigos, no es la moda que hoy se lleva en Londres. Es la de hace… ¿veinte años?

—Diecisiete —dijo Morris, que ahora le estaba quitando a Ruth la sábana para mostrar los pechos de la chica a sus invitados.

James se fijó que uno de los pechos también estaba mordisqueado. Salvajemente. Y aún sangraba.

—Altamont —llamó en voz alta James. Pero el viejo le indicó que guardara silencio.

—Diecisiete —repitió Altamont—. Y sin embargo, te ves hecho un pincel, Quincey… salvo quizá porque estás un poco paliducho. Por lo demás, no has cambiado nada…

—Sí… —elijo Morris—. Nada de nada…

—Y luego está, claro, lo que le hiciste a tu familia, Quincey, cuando volviste a casa desde Europa… Porque has mentido al decir que a tu papá, a tu mamá y a tu hermano se los llevó una epidemia. Vaya si no…

Morris se echó a reír. Con una mano, le estaba sobando el pecho herido a Ruth.

—En cierto modo, sí —dijo Morris—. En cierto modo sí que fue una epidemia. —Y se carcajeó.

—Y te diré algo más, Quincey: ¿Crees que todos esos ajos, esas cruces, esas puertas cerradas que hemos visto en Carson Springs le pasarán desapercibidas a todo el mundo? ¿No has pensado en ningún momento que alguien vendría por aquí y se daría cuenta de lo que está sucediendo?

—Claro que lo he pensado —respondió Morris—. Pero nadie quiere creer que es cierto. ¿Tú lo crees, viejo?

—No, Quincey —dijo Altamont—. Yo no lo “creo”. Yo lo “sé”.

—Ah, tú eres como ese profesor holandés, ¿no? Quizá hasta lo conoces… Se llamaba Van Helsing…

—Es posible —dijo Altamont.

—¿De qué diablos estáis hablando?

—Cállate, James —dijo Altamont.

—Tú no eres irlandés, ¿verdad? —dijo Morris.

—De pura raza. De sangre. Pero nacido en Chicago.

—No, no lo eres…

—No importa lo que pienses, Quincey —dijo Altamont.

—En eso tienes razón —dijo Morris—, Ah, ya está bien de palabrerías. Me apetece echar un trago.

Y dicho esto, Quincey Morris agarró a la muchacha por los hombros, se abalanzó sobre ella y le hundió los colmillos en la garganta.

Jack James se puso en pie, levantó el Colt lentamente, apuntó a la cabeza de Morris y apretó el gatillo.

Y acertó.

El estampido resonó en el salón y seguro que en el resto de la casa y fuera del rancho. James pensó en el barbudo Herbie, que sin duda habría escuchado el disparo.

En la parte posterior del cráneo de Quincey Morris se había abierto un agujero. La chica, Ruth Myers, quedó cubierta de algo que no era exactamente sangre, sino una sustancia negra como la pez. Pero no se dio cuenta porque ya estaba muerta. Morris le había desgarrado la garganta de una dentellada. La sangre apenas manaba por la herida, a pesar de su tamaño. Ruth estaba casi vacía de savia vital.

El viejo dejó de tocar el violín y se puso en pie cuando Morris, que estaba sobre la muchacha, se incorporó y se volvió hacia James. Sus ojos, ahora, eran de color rojo sangre.

—Y ni tan siquiera así puedes creerlo, ¿verdad, escocés?

No, Jack James no podía creer lo que estaba viendo.

Pero Altamont sí. De modo que realizó un rápido movimiento y atravesó el corazón de Quincey Morris con el arco del violín.

Morris aulló y Jack James volvió a disparar contra el texano, que cayó en su silla y quedó sentado, el arco ensartado en mitad de su pecho.

Altamont se acercó al cuerpo de Quincey Morris y le arrebató el cuchillo Bowie que llevaba al cinto. A continuación le dijo a James:

—Ve a buscar a Herbie y acaba con él.

—Sí —respondió James—. Sí.

HERBIE NO FUE ningún problema. De hecho, Jack James lo encontró justo cuando estaba abriendo la puerta principal de la casa, y allí mismo le descerrajó dos tiros. Herbie cayó al suelo y no se levantó. James comprobó que estaba muerto de verdad, pero aún así le disparó una vez más en la cabeza.

Cuando regresó al salón, Altamont había subido los dos cadáveres a

la mesa. Había decapitado a Monis con su propio Bowie, y ahora estaba haciendo lo mismo con la chica. James observó, fascinado, los manejos del viejo, que una vez terminó de separar la cabeza del tronco de Ruth Myers, se metió una mano en el bolsillo del abrigo, sacó un par de dientes de ajo y los metió en la boca de la muchacha muerta.

—¿Qué diablos haces? —dijo James.

—Cosas de irlandeses —dijo Altamont, y a continuación clavó el cuchillo de Morris en el corazón de la difunta Ruth. Después lo sacó y lo limpió con un pañuelo, que arrojó al fuego de la chimenea.

—Tenemos que salir de aquí —dijo James.

—Toma, guárdame esto —dijo el viejo y le entregó a James el violín en su estuche.

Altamont cogió la jarra de whiskey, echó un trago a morro y arrojó lo que quedaba de licor sobre el cuerpo de Quincey Morris. James se acercó para echar un vistazo a la cabeza de ese tipo. La boca estaba abierta y por encima de la lengua asomaban esos enormes colmillos y varios dientes de ajo.

—Dame fuego —dijo el viejo, y James le entregó su encendedor.

Altamont lo prendió y lo arrojó sobre los cuerpos chorreantes de whiskey. Una llamarada se alzó.

—Vamos a buscar un carro y unos caballos —dijo Altamont.

—¿QUÉ INFIERNOS LE pasaba a ese tipo? —dijo James. Llevaba entre los brazos una caja de dinamita que se disponía a depositar en el carromato que habían encontrado en los establos del rancho.

Altamont, que también iba cargado de explosivos, se encogió de hombros.

—Le disparé en el cráneo y no se murió —insistió James.

—Duro de pelar —dijo Altamont.

—¿Y qué era toda esa carnicería que has montado cuando fui a encargarme de Herbie?

—Cosas de irlandeses. Somos supersticiosos.

—Los escoceses también somos supersticiosos —dijo James—. Y yo nunca he oído hablar de un tipo que se levanta después de muerto y le muerde en el cuello a…

Jack James se detuvo a mitad de frase.

NO VOLVIERON A hablar del asunto durante todo el viaje, salvo una tarde en que James le preguntó al viejo:

—Oye, ¿por qué crees que ese paleto llamaba Lucy a la chica?

A lo que Altamont respondió:

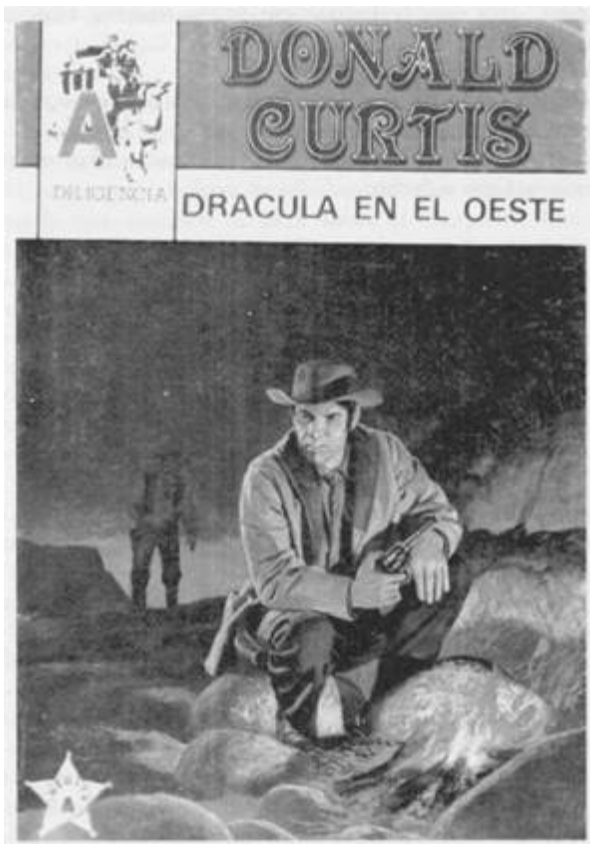
—Porque le recordaba a alguien que conoció en otra vida, claro.

¿Por qué otro motivo, si no?

Y esa fue la última vez que Jack James mencionó su breve estancia en Carson Springs.

Sherlock Holmes, Shelby Hakes y Shylo Harding

La aproximación sherlockiana de Curtís Garland



EN NOVIEMBRE de 1976, la editorial Bruguera dio a la imprenta un insólito volumen en el número 1.370 de su colección Servicio Secreto: Llevaba por título El fantasma de Baker Street y estaba firmado por Curtís Garland.

El autor, cuyo verdadero nombre era Juan Gallardo Muñoz (quien falleció el pasado 5 de febrero de 2013), escribió a lo largo de su vida más de dos mil novelas de las llamadas “populares”, utilizó una veintena

de pseudónimos, y se convirtió, a pesar de ser un auténtico best seller internacional, en un escritor de culto.

Una de las características de la obra de Juan Gallardo fue el mestizaje de géneros: No tuvo ningún problema en recurrir a los zombis en alguna novela del Oeste (Terror en el Dorado), y antes ya había llevado el concepto de hibridaje del western y el terror con licántropos, vampiros y otros monstruos. De hecho, siguió la estela de Silver Kane (el otro nombre de Francisco González Ledesma), que había abierto un hueco con su temprano Rancho Drácula (colección Kansas nº 115, Bruguera, 1960), y bajo el disfraz de Donald Curtís, Gallardo escribió Drácula West y Drácula en el Oeste.

El uso de elementos ajenos a su creación convierten a Juan Gallardo en un pastichero (exento aquí el término de connotaciones negativas; así lo utilizamos en el presente texto), y en un mitógrafo creativo de primer orden, tan importante como

Juan Perucho, Alvaro Cunqueiro, Néstor Luján o Carlos Pujol.

Como hemos averiguado gracias a la amabilidad de Andrés Peláez Paz, uno de los mayores estudiosos curtisianos o garlandianos —que los hay, y muchos—, Gallardo utilizó en la extensa serie Selección Terror (Bruguera, seiscientos diecisiete números semanales desde 1973 hasta 1985) al personaje del Conde Drácula en diversas obras de aire Victoriano (La maldición del vampiro plateado) o de ambiente moderno (Drácula 75), y también a la célebre creación de Mary Shelley en Yo encontré a Frankenstein. Revisitó El fantasma de la Opera de Gastón Leroux en Monstruo en la ópera, el más famoso relato de Poe, “Doble asesinato en la calle Morgue ” (donde hizo su debut uno de los antepasados de Sherlock Holmes, el chevalier Auguste Dupin), tuvo continuación en Rue Morgue 13, y en una insólita novela titulada El cerebro del dragón, nuestro Curtís Garland incluso se atrevió a contar el destino final del diabólico doctor Fu Manchú, la influyente creación de Sax Rohmer que personifica al peligro amarillo, y que ha cruzado sus pasos con Sherlock Holmes en novelas tan notables como Ten Years Beyond Baker Street (Sherlock Holmes contra Fu Manchú es el título en castellano de la inencontrable edición de Planeta), del estudioso rohmeriano Cay Van Ash.

Y por si esto fuera poco, Juan Gallardo escribió para la colección Tam Tam de Bruguera una obra titulada El cráter del terror (agosto de 1983) que evocaba de un modo bastante explícito el viaje del profesor George Edward Challenger a la meseta de Maple White. El cráter del terror contaba con un protagonista como sir Dorian Clemens (trasunto de Phileas Fogg, del cazador Lord John Roxton y del mismo Challenger, amén de poseer un nombre consonancias oscarwildeanas y marktwainianas a la vez), y con secundarios de nombres ciertamente relacionados con la mitología creativa, como el malvado cazador lord

Craven (un pariente británico del cazador ruso llamado Sergei Kravinoff, quien le hizo la vida imposible a un periodista de New York llamado Peter Parker durante la década de 1960), o la pareja formada por el doctor Rohmer y la enfermera Saxfield (cine nos recuerdan al ya mencionado cronista de Fu Manchú).

¿Era posible que un autor con una mente tan abierta y tan dotada para el pastiche y la mitología creativa como la de Juan Gallardo Muñoz no se hubiera aproximado a la figura de Sherlock Holmes? Por supuesto que no.

Durante años, Juan Gallardo había escrito diversas historias basadas en los crímenes de Jack el Destripador, sobre los cuales, los estudiosos holmesianos tienen mucho que decir (no puedo menos que dirigir al lector al artículo “El problema del Ineludible Duelo Eludido", incluido en el volumen Cuaderno de bitácora del Matilda Briggs, Academia de Mitología Creativa “Jules Verne” de Albacete, 2006, del presente autor), y había ambientado muchas de sus novelas en la Inglaterra del siglo XIX: Terror en la morgue, El viento de los muertos o Sepulcral, son sólo algunos títulos, pero hay muchos más. Se trata, en general, de obras de sumo interés y mayor entretenimiento, escritas a vuelapluma y contrarreloj, que destilan no sólo el buen hacer del profesional que no tiene tiempo ni tan siquiera para releer o reescribir lo que ya ha está redactado, sino también el amor y la admiración por los personajes ajenos, por las obras de autores consagrados a las que Juan Gallardo se aproximó con valentía, con asiduidad y, sobre todo, con mucho respeto (aun cuando en ocasiones, se puede entrever una osada y completamente intencionada bizarría en las historias). Gallardo era un enamorado de la época victoriana.

El escritor que se acercó al caso del Destripador de Whitechapel en Niebla en Whitechapel (Selección Terror nº 15, Bruguera, 1973), Seda y niebla para el asesino (Selección Terror nº 110, Bruguera, 1975), Londres, 1888 (Selección Terror Nº 260, Bruguera, 1978), Yo, el Destripador (Selección Terror nº 352, Bruguera, 1979), El manuscrito del Destripador (Servicio Secreto nº 1145, Bruguera), Vuelve “Jack el Destripador" (Serie Thanatos nº 18, Forum, 1985), El Destripador viajó al Oeste (como Donald

Curtís, Colección Diligencia nº186, Astri, 1988; también en Colección Far West nº39, Astri, 2001), y que además escribió un ensayo al respecto en la colección Crímenes Célebres de Bruguera, tuvo a bien recoger el testigo de tantos y tantos pastícheros para escribir su propia versión del mito —pues esa categoría ha alcanzado el Gran Detective en nuestros días— de Sherlock Holmes para desvelar, nada más y nada menos, el verdadero nombre tras el cual se ocultaba ese personaje sobre el cual escribía el doctor Arthur Conan Doyle, así como su destino final.

El fantasma de Baker Street —una obra que ha caído en nuestras

manos gracias a la generosidad de Antonio Guerrero González, estudioso de la novela popular y a la sazón, traductor en nuestro país de las lovecraftianas obras del norteamericano David Woolrich (un autor perteneciente a la generación de Norm Eldritch, Jubelo Fowler, King Parker y otros muchos escritores a los que actualmente se está rescatando en nuestro país)— presenta a un paperback writer también estadounidense, el señor Shylo Harding, que viaja a Londres por ocio y para visitar el mítico museo de Sherlock Holmes situado en el 221 de Baker Street. Por diversas vicisitudes, cae en manos de Harding el último manuscrito del doctor John F. Weston (y ojo, pues no señalamos [sic]) donde se relata la aventura postrera de su amigo y compañero, el detective Shelby Hakes, que hubo de enfrentarse en 1897 a un misterioso asesino múltiple (no exactamente un imitador del viejo Jack el Rojo) llamado, sencillamente, "el Degollador".

Esta obra, en la que no vamos a mucho más, es un auténtico hallazgo dentro de la literatura pastichera holmesiana pues, que sepamos, no estaba catalogada como tal. El fantasma de Sherlock Holmes se puede enmarcar dentro de ciertas corrientes no exactamente revisionistas, sino más bien negacionistas, esto es, los pastiches que aluden al hecho de que no existió nadie llamado Sherlock Holmes, sino algún otro personaje (Jack Sparks en La lista de los 7 de Mark Frost, el doctor Joseph Bell en diversas obras y series televisivas, son dos ejemplos de esta corriente) en el cual se habría inspirado el doctor Doyle para escribir sus historias. Es, también, el método utilizado por el moderno Padre de la mitología creativa, el difunto Philip José Farmer, en sus obras sobre "las personas reales que sirvieron como base a los creadores de Tarzán y Doc Savage" (hablamos concretamente de la brillantísima A Feast Unknown, 1969, protagonizada por John Cloamby "Lord Grandrith" y James "Doc" Caliban). De hecho, Juan Gallardo llega más lejos y sitúa las originales aventuras de Shelby Hakes al menos veinte o puede que treinta años antes que los primeros casos de Sherlock Holmes: Según Gallardo, Hakes es un hombre anciano en el año 1897, y el doctor Weston obtuvo su doctorado en Medicina en algún momento durante el primer tercio del siglo XIX.

(Mención aparte merece el escritor Shylo Harding, que en la obra desempeña un papel que guarda semejanzas con el del actor Sheridan Hayes en A Three Pipe Problem (Un problema de tres pipas, 1975), un homenaje holmesiano de Julián Symons cuya secuela, The Kentish Manor Murders (Los asesinatos de Kentish Manor, 1988), es bastante inferior al original).

En cualquier caso, se trata de un pastiche de gran importancia dentro del género en España —por sus características mitográfico creativas— y posiblemente a nivel internacional, debido a una pluma de solvencia más que probada, y que merecería una reedición en papel lo antes

posible: los sherlockianos merecen leer esta novela.

Porque la otra opción es revolver los montones de novelas de a duro que se acumulan en trasteros, buhardillas, viejos armarios, librerías de segunda mano, rastrillos y otros lugares polvorientos y fascinantes adonde estos prodigios desconocidos (hasta ahora) suelen ir a parar…

Por su parte, el presente autor va a comenzar la búsqueda de las novelas originales del norteamericano Shylo Harding que, tras su experiencia en Londres, sin duda alguna procedió a imitar el estilo del doctor Weston, y es más que posible que en algún momento de su carrera, escribiera una novela de setenta y cinco centavos titulada La aventura de la rata gigante de Sumatra: un problema de Shelby Hakes recogido por John F .Weston, M.D., que transcurriría en el año 1872 y estaría íntimamente relacionada con Mary Celeste, que en contra de lo que pudiera pensar el buen doctor, no era el nombre de una mujer, sino el de un bergantín cuya tripulación desapareció misteriosamente en altamar…

Y seguro que hay muchas, muchas más historias de Shelby Hakes.

Portada de *El fantasma de Baker Street*
Ilustración original de Miguel García.

Acerca de *Las manos del cazador ciego* y *El manuscrito lunar*

I

El Caso del “Keeler” Perdido

(Publicado originalmente en Insula nº9, 14 de abril de 2005)

Una de las muchas voces perdidas en el tiempo que últimamente más se hace oír es la del escritor norteamericano Harry Stephen Keeler (1890-1967). Sin término medio, tanto la crítica de su época como la actual no ha dudado en tacharlo de timador, de genio, o de loco. No hay acuerdo, por supuesto.

Keeler, que nació y vivió toda su vida en Chicago, fue el autor de ese bestseller de los años 40 que tuvo por título Noches de Sing-Sing (Sing-Sing Nights), uno de los libros más editados y vendidos en nuestro país. Para quienes no conocen a Keeler, y su particularísima visión de la literatura, simplemente les recomendaremos que busquen los preciosos volúmenes que siempre se ven, semienterrados, en rastrillos y ferias del libro antiguo. Hablarles de los “argumentos-maraña”, esto es, las historias más enrevesadas, complejas, sorprendentes e inverosímiles que puedan imaginar, no servirá de nada si no leen por ustedes mismos alguna de esas magistrales majaderías que Keeler urdía impíamente sobre un rollo de papel continuo en su máquina de escribir, mientras escuchaba el ronroneo de su gato. El músico, dibujante de cómics y articulista a ratos, el señor Sobórnez (es el pseudónimo de uno de los miembros de la banda Los Petersellers), dedicó hace años varias páginas a reivindicar la figura y obra de Keeler en el prozine ¡Invasión!, y en este texto (ya es un clásico del articulismo friki) resumió un buen puñado de estas bizarras historias, estrafalarias incluso para nuestros tiempos, en que hemos visto disparates del calibre de Rocky Horror Picture Show o Pink Flamingos. No destrozaremos ninguno de los planteamientos aquí, sino que nos limitaremos a mencionar algunos títulos de este autor: La caía del hombre de Saturno, En busca de X-Y-Z,

El enigma del cráneo viajero, El misterio del ladrón violinista, El misterioso señor Yo y El camaleón (estas dos últimas son una sola obra en dos partes, en la que el protagonista asume hasta 50 personalidades distintas), El libro de piel de tiburón. El hombre de los tímpanos de oro, La misteriosa bola de marfil de Wong Shing Li, El caso del idiota de dos cabezas, La momia escarlata, El hombre que cambió de piel… Podríamos seguir así durante muchas más líneas, y aún no se harían una idea de lo que ocultan estos rimbombantes, y a un tiempo, algo siniestros títulos: transplantes de cerebros, cadáveres mitad hombre y mitad mujer, libros únicos impresos en hojas de color, monstruos, orientales malvados, estafadores, visiones del año 3200, excéntricos testamentos, mensajes cifrados, tiendas de antigüedades, narraciones carcelarias, y un sinfín de maravillas que Keeler dejó tras de sí en España, de la mano del editor Rafael Reus, el hombre que tuvo el exquisito gusto de publicar esos volúmenes encuadernados en tela verde, gris o naranja, con grabados dorados en la cubierta, y una tipografía que nos hacer mirar a la Times New Román con desprecio.

“Las Manos del Cazador Ciego”

Es el caso que algunas de las últimas obras de nuestro autor están publicadas únicamente en nuestro idioma o en el de algún otro país, y por si esto fuera poco, además hay novelas de

Keeler directamente inéditas, que obran en manos de la Harry Stephen Keeler Society, un grupo de devotos (más que aficionados) quienes editan un boletín consagrado al maestro del enredo, Keeler News.

Una de estas obras extraviadas es uno de los primerizos cuentos de Keeler, redactado entre 1914 y 1917, y que jamás fue incorporado a alguna de las novelas largas. (Uno de los recursos menos innovadores de este escritor consistía en introducir sus relatos dentro de las narraciones largas; los precedentes de esta técnica son numerosos y archiconocidos, baste como muestra mencionar la primera parte de Don Quijote de la Mancha, de Cervantes). Nuestras investigaciones han dado con “The Hands of the Blind Hunter”, un relato publicado en 1934, en la revista pulp Outré Tales, en la que ya habían participado otros autores contemporáneos como Robert H. Blake o Jonathan Swift Sommers III.

“Las Manos del Cazador Ciego” transcurre en el Chicago de 1912, y está protagonizada por un joven escritor, Herbert Simón Kennell (un trasunto del propio Keeler, evidentemente), que en la penumbra del salón de su casa, presencia la mutilación de un desconocido, y a raíz de esto se ve envuelto en una maraña de sucesos aparentemente absurdos:

el robo de un martillo de oro, la aparición de una mujer azul y un cráneo parlante, el enfrentamiento entre un gángster judío y un ladrón chino, amén del continuo tableteo de una máquina de escribir embrujada, entre otros muchos dislates. El joven Kennell-Keeler cuenta, durante toda la historia, con la compañía de un extravagante delincuente de origen irlandés llamado Altamont, un parlanchín que continuamente escupe sus frases en el slang más barriobajero, y se mueve entre los hampones, sociedades secretas y genios malvados que aparecen en la historia como pez en el agua. De hecho, es Altamont quien conduce la historia, y el escritor Kennell simplemente se ve arrastrado por el irlandés, asombrado ante los fantásticos hechos que suceden ante sus ojos. Es Altamont quien salta entre los hilos de la telaraña, y quien resuelve el misterio final de la mano cortada de Ephraim Jacobus, el cazador ciego. A lo largo de la historia (en este punto semejante a El Misterioso señor Yo y El Camaleón), Altamont se revela ante Kennell como un espía alemán, un miembro de un Tong oriental, un capitán de barco, un explorador noruego, un predicador, un fontanero llamado Escott, y finalmente, para sorpresa del joven escritor, y sobre todo del lector, como el detective inglés Sherlock Holmes.

Curiosamente, la presencia de Holmes en Chicago quedó constatada en His Last Bow, un relato de Arthur Conan Doyle donde se narraba cómo, justo antes del comienzo de la I Guerra Mundial, el Gran Detective atrapaba a un espía alemán (Von Bork) infiltrado en la alta sociedad inglesa, y para ellos, Holmes había pasado algunos años en Chicago, disfrazado como norteamericano-irlandés, introducido en las filas de la delincuencia más diversa, y por fin, convertido en servil agente de la potencia germana. Esta información nos dice que el relato de nuestro Keeler encaja a la perfección en la cronología holmesiana.

No obstante, debemos señalar un punto más: los lectores de Harry Stephen Keeler conocen sobradamente la excentricidad del autor a la hora de dedicar sus muchos libros. Algunos de ellos están dedicados a Hi-Diddle-Diddle (su gato siamés), a un desconocido cirujano, a un optometrista… La dedicatoria que aparece en “The Hands of the Blind Hunter”, traducida debidamente a nuestro idioma, reza lo siguiente:

“Para un buen amigo inglés, que me enseñó el modo de desenredar las marañas: tirando del hilo

II

El manuscrito lunar

(Publicado originalmente en Insula nº10, 21 de abril de 2005)

Hace ahora una semana, hablábamos en este mismo espacio de un texto perdido del norteamericano Harry Stephen Keeler, autor de culto donde los haya. Curiosamente, resultó que el artículo tuvo cierta resonancia, pues según me comentaron algunos libreros de la recientemente clausurada Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de nuestra ciudad, el mismo día en que apareció El Caso del "Keeler" perdido, firmado por servidor de ustedes, algunos caballeros de cierta edad anduvieron por las polvorientas paradas de la feria en busca de algún ejemplar de las Noches de Sing-Sing, o de Las gafas del señor Cagliostro (creo que con éxito, he de añadir, pues en los estantes de algunos puestos pude ver los lomos en tela gris, anaranjada y verde de las ediciones de Rafael Reus, amén de algún tomo en rústica, de los de la última época). Mi amigo Juan García me aseguró este particular, y otro amigo, Javier Vidal, librero malagueño que hace ferias por toda España, lo confirmó.

Fue precisamente Javier, incondicional seguidor de Keeler, y supongo que en breve también miembro de la HSK Society de Cincinnati (Ohio), quien me puso sobre la pista de otro insólito texto perdido. Según Javier (que no quiso creer en ningún momento que el Maestro Keeler hubiera escrito sobre Sherlock Holmes, y mucho menos que lo hubiera conocido personalmente en Chicago; no seré yo quien intente sacarlo de su error), uno de estos señores que el jueves pasado preguntaron por La cara del hombre de Saturno, En busca de X-Y-Z y otros "keelers", se detuvo en su parada de tebeos antiguos, Mortadelos y novelas de ciencia-ficción saldadas a 5 euros, para cantarle las excelencias de un libro cuyo autor no recordaba (aunque eso sí, también empezaba por K, como Keeler), y que había leído "antes del año .50, seguro". El caballero en cuestión, "uno de los pocos que todavía usan sombrero", siempre según Javier, tampoco recordaba el título de la obra, aunque sí sabía que el volumen era rojo, las tapas eran de cartón duro, y en la portada se veía un diminuto grabado que representaba a un embozado con sombrero de ala ancha, al estilo de la época de Esquiladle y el tristemente célebre motín, y al fondo se destacaba una Luna, también grabada, con sus cráteres y todo, sobreimpresa en tinta blanca.

El argumento, que comienza en la década de 1850, giraba en torno a

un antiguo manuscrito de caracteres desconocidos y extraordinarios grabados (reproducidos en nuestro misterioso volumen, aseguraba este señor) que representaban desconocidos ciclos astronómicos, y una serie de plantas que no existen en nuestro planeta. Sin duda, le dije a mi amigo Javier, se trata del llamado Manuscrito Voynich, un texto en clave que pasó por las manos de John Dee, y más tarde por la de otros alquimistas y sabios, acabó en un monasterio jesuita italiano, y a principios del siglo XX, cayó en el poder del librero Wilfred Voynich, quien se encargó de hacer llegar copias del texto (por llamarlo de algún modo) a diversos expertos en códigos cifrados. Las posteriores peripecias relacionadas con el manuscrito no vienen al caso, pues es un tema que dejaremos para otra ocasión.

Nuestro anciano caballero relató a Javier Vidal cómo el manuscrito le era entregado a una especie de misántropo parisino, el señor Dupin, que como todos sabemos, es el protagonista de Los crímenes de la Rue Morgue, de Poe, y de otros dos memorables relatos. La trama de la historia, centrada en la búsqueda de Dupin del misterioso embozado que le ha hecho llegar el manuscrito, así como en los vanos intentos del hedonista (y detective a ratos) por descifrarlo, conducía a finales del siglo XVIII, y más concretamente a la figura de un noble inglés, sir Percy Blakeney, cuyas aventuras en pos del manuscrito cifrado se relataban en la novela a través de un paquete de cartas halladas por Dupin. Entre estas aventuras se contaban las intrigas de la Comuna de París durante la época del Terror de Robespierre, y cómo Saint Just perdía el libro, cuyo origen se remontaba a alguna oscura civilización procedente de la Luna. Si todo este cúmulo de dislates no nos parece suficiente, habría que añadir que sir Percy no era otro sino la Pimpinela Escarlata, la célebre organización que, durante la Revolución Francesa, salvaba a los nobles de la guillotina, y los llevaba a otros países (como sin duda ocurrió, por cierto, con la familia del chevalier Auguste Dupin. Pero esta es otra historia).

El resto del relato, que nuestro anciano caballero relató a Javier a salto de mata, redundaba en enredos y marañas imposibles, agentes secretos selenitas y los osarios subterráneos de París, para desembocar en el encuentro entre Dupin y el misterioso embozado, que no era otro sino el mismísimo sir Percy, ya anciano, aunque todavía perseguido por algunos de sus viejos enemigos, epígonos anacrónicos de la Revolución.

Evidentemente, Javier no contaba en las estanterías de su puesto con ningún ejemplar de esta novela imposible, y su potencial cliente se marchó, como suele ocurrir, un tanto compungido.

Yo todavía no he encontrado una sola pista que apoye la existencia de este libro de tapas rojas, aunque casi puedo ver el grabado del embozado, superpuesto al astro Lunar, impreso en blanco, los cráteres en trazos gruesos, negros. Ni siquiera puedo imaginar quién será ese

misterioso autor cuyo nombre o apellido empieza por K.

“Podría ser el mismo Keeler”, me dijo Javier. Y tiene razón.

Pastiches extraviados

Tres reminiscencias y una fantasía breve (seguidas de una carta)

EL CEREBRO CRIMINAL

Una reminiscencia del inspector Lestrade (1845-1928), de Scotland Yard

BIEN SABE el Buen Señor que no soy el más astuto de los hombres, pero eso no me convierte en el más crédulo. Quizás por ese motivo, mis superiores juzgan que soy un fiable servidor de la ley, un cumplidor agente de Scotland Yard y de la Corona, que jamás inventaría paparruchas e historias ridículas.

A veces he pensado que por ese mismo motivo, el señor Sherlock Holmes nunca ha hecho caso de mis sugerencias con respecto a su posible ingreso en el Cuerpo. Y puede que sea por ese mismo motivo, porque no soy un hombre de pensamientos largos, sino de acciones inmediatas y expeditivas, que me sorprendió tanto ver al señor Holmes arrebatarle su Webley al bueno del doctor Watson, y vaciar el tambor sobre aquella criatura que acabó por escaparse de nosotros mientras corría por encima de las tumbas.

El gusto de Sherlock Holmes tiende a las explicaciones insólitas y a los detalles novelescos, pero en lo que respecta a G. Lestrade, servidor público de todos ustedes, las historias de hadas y los crímenes improbables quedan fuera de la jurisdicción del Yard. Prefiero un buen motivo, un móvil plausible, y la indefectible respuesta a la básica pregunta de “¿quién se beneficia?”, antes que un montón de mediciones absurdas, especulaciones sobre el comportamiento humano, y trucos baratos de salón.

Lo cual tampoco me permite negar la utilidad de los métodos del señor Holmes en el campo de la investigación criminal, y ya puestos, me hace reflexionar acerca de la verdadera destreza de Sherlock Holmes como tirador con armas de fuego.

Mandé un billete a Baker Street con una breve nota en la que requería la inmediata presencia del señor Holmes en mi oficina, y en un par de horas disfruté de la compañía del detective consultor y de su amigo, el doctor Watson. Allí, le expliqué a ese aficionado a la criminología que ya me había servido de ayuda en algunas otras ocasiones, los minúsculos detalles referentes a un oscuro asunto sobre el que ni yo ni mis compañeros habíamos logrado arrojar luz alguna: el joven inspector Stanley Hopkins afirmaba que las dos mujeres que

habían sufrido mutilaciones de extremidades (el brazo derecho en uno de los casos, el izquierdo en otro caso distinto, unos días antes) estaban relacionados con algunas denuncias cursadas en las inmediaciones de cierto hospital londinense… Se trataba de una teoría que el inspector Gregson, y yo mismo, refutamos entre risas y, he de añadir, de manera bastante convincente.

No obstante, el señor Sherlock Holmes no consideró prudente descartar las fantásticas elucubraciones de Hopkins, y hube de acompañarlo cuando decidió interrogar a varios médicos del hospital. Al igual que yo, el doctor Watson se sintió escandalizado cuando su amigo sugirió que un miembro de la profesión hipocrática podría estar detrás de aquellos crímenes tan horribles y diversos, pero Holmes señaló con su habitual perspicacia de aficionado que en nuestros casos de profanaciones de tumbas, los cadáveres —a la sazón, mutilados— también pertenecían a miembros del sexo femenino.

Señalaré que durante nuestras pesquisas, que en verdad fueron muy breves, dimos con un joven estudiante de Medicina, cuyo apellido no mencionaré aquí, y que estaba en posesión de unos misteriosos diarios científicos escritos por un médico ginebrino, fechados en los últimos años de 1790.

Según diversas declaraciones, recogidas por agentes de Scotland Yard —y más tarde corroboradas por las investigaciones privadas del señor Holmes—, el aspirante a médico se había dejado ver en algunos lugares de mala reputación en compañía de un mendigo extremadamente alto y con el rostro cubierto por harapos, como si deseara ocultar alguna excepcional deformidad que permitiera identificarlo. Detuvimos y encerramos al estudiante, y aunque mis esfuerzos por arrancarle una confesión fueron grandes, hubo de ser el señor Holmes quien, a solas en la celda de nuestro prisionero, logró conseguir algunos datos que, como suele acostumbrar, no compartió con los legítimos representantes de la autoridad.

El detective fue el responsable del fiasco en el cementerio, aunque admito que su plan era excelente: tanto él como su amigo Watson se ocultaron en las proximidades de la tumba de una mujer recientemente ajusticiada, y yo mismo los acompañé en su escondrijo. Algunos de mis hombres, por indicación de Holmes, se hallaban apostados, vestidos de paisano, en las entradas y salidas del camposanto.

Y tal y como Sherlock Holmes había predicho, aquel gigante desgarbado apareció entre la niebla, recogió un pico y una pala escondidos en unos setos, y se dispuso a excavar en la tumba de la fallecida asesina.

Nadie podrá reprenderme por haber dado un aviso al profanador, que tenía derecho a rendirse ante la ley, y no obstante, el señor Holmes le arrebató el revólver a su amigo y disparó repetidas veces sobre la

figura, antes de que yo pudiera reaccionar.

Asimismo, podría jurar, aunque no lo haré, que todos los disparos dieron en su blanco.

Y no obstante, con mis propios ojos vi cómo esa cosa salió huyendo, dando unos saltos imposibles entre las lápidas, y del mismo modo, pasó por encima del muro del cementerio para diluirse en las tinieblas de la noche.

Tres días después de estos sucesos, el señor Sherlock Holmes envió a mi despacho una nota en la que me instaba a "considerar el incendio del sótano de una casa de huéspedes en Whitechapel el día de ayer, con relación al asunto del frustrado doctor _____", lo que indicaba que detrás de la conflagración quizá hubiera estado el mismo Holmes. También me pedía que echara un vistazo al recorte de prensa que adjuntaba en el sobre: Se trataba un horario de entradas y salidas del puerto, donde el detective había subrayado el nombre de un carguero con destino a América.

La nota terminaba diciendo: "Nuestro hombre ha escapado. Al menos, parece que no volverá a reincidir en nuestro país, pero en cualquier caso, notificaré su existencia a mis contactos en los Estados Unidos".

Debajo de la firma de Sherlock Holmes, el detective había añadido una línea, escrita quizá con cierta premura, que decía: "Bien pensado, aunque no hay duda de que se trate de un auténtico 'cerebro criminal', quizá me haya extralimitado al denominarlo 'hombre', ¿verdad, Lestrade?"

El joven estudiante, que nunca llegó a ser médico, fue puesto en libertad sin cargos y se marchó a vivir con su familia, fuera de Londres. Nunca le volví a mencionar al señor Sherlock Holmes este asunto, ni él me dijo nunca una sola palabra al respecto.

Y yo tuve que escribir un largo e inútil informe que aún conservo, y que en nada se parece a éste.

El sofá de Sherlock Holmes

Una reminiscencia del doctor John H. Watson

AUNQUE EL SEÑOR Sherlock Holmes me recomendó efusivamente no sacar a la luz los hechos relacionados con La Aventura del Capitán Cansado, mi criterio dicta dejar constancia de ello en mi dietario personal. Habrán de pasar muchos años tras la fecha de mi muerte para que este breve documento salga a la luz. Y ni aún así habré de permitirme dar al lector todos los detalles: baste decir que Holmes llevó a buen puerto el caso, y que el capitán Scarberry, cuyo verdadero nombre no habré de revelar, quedó satisfecho.

Yo mismo no entendí por qué mi amigo recibió un generoso estipendio por el mero hecho de transportar un chaise-longue de lo más corriente desde el ampuloso hogar de Scarberry hasta el sótano del 221 de Baker Street, propiedad de nuestra patrona. Dicho sea de paso, Sherlock Holmes compartió conmigo los honorarios, pues, como él mismo dijo, “ha hecho usted la mitad del trabajo”, ya que entre los dos acarreamos el mueble por medio Londres, con grave perjuicio y resentimiento de mi vieja herida de guerra.

Una vez en la oscuridad del sótano, sudorosos ambos, un candil de Mrs. Hudson encendido, Holmes tuvo a bien comentarme:

—Se habrá dado usted cuenta, Watson, de que tras este asunto hay una mente diabólica con la que antes o después habré de enfrentarme, ¿verdad?

—En absoluto, Holmes. Sólo entiendo que el anciano capitán Scarberry se quedó dormido en su sofá nuevo, que alguien aprovechó para entrar en su domicilio y robar cierta joya de origen oriental, y que no hemos sido capaces de recuperar el objeto robado ni de atrapar a los ladrones.

—¡Pero hombre, Watson! ¡Hemos privado a esos rufianes de su infernal instrumento!

—¿El chaise-longue? Me temo que ha perdido el juicio, amigo mío.

—Muy por el contrario, Watson, le invito a que se tumbe usted un minuto, cierre los ojos, y me escuche atentamente.

Aquella no me pareció una propuesta del todo descabellada, pues lo cierto es que el paseo, y el dichoso sofá, habían resultado muy pesados. De modo que me quité la chaqueta y me eché cómodamente.

—¿Y bien, Holmes?

—Dice usted que el capitán Scarberry se quedó dormido, ¿verdad?

—Sin duda, eso es lo que sucedió.

—Y aún así, el capitán asegura que no lo hizo, ¿cierto? El viejo guerrero explicó, y con buen criterio, que los años pasados haciendo guardia en una garita de Bundelkhund, con los asesinos thugs y los intrigantes sijs rondando al otro lado de la empalizada, le habían enseñado a mantenerse despierto.

—Pero ahora es un anciano, Holmes.

—Pues yo creo en la palabra de ese anciano, Watson. Y usted también lo creerá en cuanto abra los ojos de nuevo.

Obedecí a mi amigo, y en principio, no noté nada extraño, salvo cierto entumecimiento, producido sin duda por el cansancio.

—¿Y bien? —pregunté, y entonces oí las risitas, y pude ver a la cuadrilla de golfillos que a veces asistían a Holmes en investigaciones callejeras, incluido su jefe, el llamado Wiggins—. ¡Cielo Santo! ¿Estabais aquí escondidos, pilluelos?

—Nada de eso —dijo Holmes—. Llegaron hace un ratito. Pero eche usted un vistazo —y me tendió su reloj. ¡Habían pasado no menos de tres horas desde que llegamos a Baker Street!

—¡Imposible, Holmes! ¡No llevo tumbado ni un minuto!

—Veintisiete horas exactamente —explicó—. Ayer me ocupé de avisar a su esposa de que esta noche dormiría en sus antiguas habitaciones… una mentirijilla piadosa, o mentira a medias, si lo prefiere. Pero así es, Watson. Se halla usted en el sofá más cómodo que jamás haya existido. Me parece bastante probable que esté diseñado para presionar ciertos puntos nerviosos que inducen ya no el sueño, sino una placentera y profunda inconsciencia… Un regalo perfecto para alguien que posee bienes valiosos, como el capitán Scarberry, ¿no cree?

—Pero… ¡no es posible, Holmes!

—Sí que lo es, Watson. Estamos antes un sofá desconocido para la ciencia, un sofá soporífero y presumo que, usado sin control, puede convertirse en un artefacto mortal.

—No puedo creerlo… —le dije mientras me incorporaba, y observé que Holmes vestía su batín color ratón, y no la ropa sudada de hacía unos instantes.

—Ni usted ni nadie, Watson. Mejor será guardar este ingenio aquí, a salvo de miradas curiosas, por siempre jamás. Quizá algún día pueda hacer algún bien a la humanidad, pero hoy por hoy, no debe caer en manos equivocadas.

Bien entrada la madrugada, en mi propia casa, y tumbado en mi propio chaise-longue tras haber relatado a mi mujer lo que había sucedido, pude constatar que Sherlock Holmes tenía razón: aquél era un sofá para el que ni el mundo ni mi esposa estaban preparados.

Sherlock Holmes se va a comprar tabaco

Otra reminiscencia de Watson

Una mañana de junio de 1895, poco después del desayuno, sorprendí a Sherlock Holmes poniendo patas arriba el salón de nuestras habitaciones de Baker Street.

—Watson, ¿ha visto usted mi babucha persa? —me preguntó.

En la punta hueca de esa babucha, de origen ciertamente ignoto, era donde mi buen amigo guardaba su discutible tabaco.

—No, Holmes.

En ese momento me lanzó una de esas características miradas suyas que vienen a decir "sé algo que usted no sabe".

—¿Está seguro, Watson?

—Pues la verdad es que no, ya no estoy seguro —respondí.

—¿Y eso por qué?

—Porque si insiste usted, es porque tiene algún motivo.

Holmes sacó su pipa del bolsillo, se la puso entre los labios y sopló, soltando al aire (y al suelo) polvo de carbonilla apagado.

—Watson, ayer me pidió prestada mi babucha persa para tomar la última pipa de la noche, y se la llevó a su habitación.

—Hmmm —fue lo único que atiné a responder, porque era cierto. Me había olvidado por completo, pues había estado tomando notas sobre un caso reciente, el del repentino fallecimiento del cardenal Tosca.

—Entonces, Watson, dígame, ¿dónde la puso usted?

—Eeeeh… Sí… Sí, ahora lo recuerdo, Holmes. Si no me equivoco, la dejé (un poco descuidadamente, lo admito) en el cesto de la ropa sucia.

Holmes volvió a lanzarme esa mirada suya tan críptica y dijo:

—El cesto de la ropa sucia, ¿verdad?

—Sí, Holmes.

—El mismo cesto de la ropa sucia que la señora Hudson se llevó para lavar cuando trajo el desayuno, ¿verdad?

—Hmmmm… En efecto, Holmes. Lo siento.

Mi amigo dio una sonora chupada a su pipa vacía, la volvió a guardar en el bolsillo de su batín color ratón y entró en su cuarto.

Minutos después, se presentó de nuevo en el salón, ahora vestido con ropa de calle. Salió por la puerta sin decir palabra y escuché cómo sus pasos descendían por las escaleras y se iban alejando.

Sherlock Holmes se había ido a comprar tabaco.

Holmes en Albacete

Una fantasía breve

Para. Don Antonio, auténtico caballero español, digno de las órdenes de Santiago y Calatrava, que regenta la cafetería Centro con tanto pudor, buen hacer y camaradería como ya lo hizo, a finales del siglo XIX, Don Antonio Fernández y Chapín, en otra taberna albaceteña, también llamada Centro, y sita no muy lejos de su enclave actual.

EN EL VERANO de 1896, el señor Sherlock Holmes, detective consultor, pasó por Albacete de camino al continente africano, y tuvo a bien detenerse a tomar un café con leche en la legendaria cafetería Centro de la entonces pequeña ciudad.

Don Antonio Fernández, que desconocía al mítico detective, detectó cierta anomalía en aquel extraño individuo de afilada nariz y mirada penetrante. Sirvió el café a Sherlock Holmes con toda normalidad (un servicio excelente para aquella época de moscas y malas intenciones), y durante un buen rato, Don Antonio anduvo espiando al extraño que sudaba la gota gorda, y pedía el café en inglés. Tras largo cavilar, el señor Don Antonio Fernández cayó en la cuenta y le dijo al desconocido:

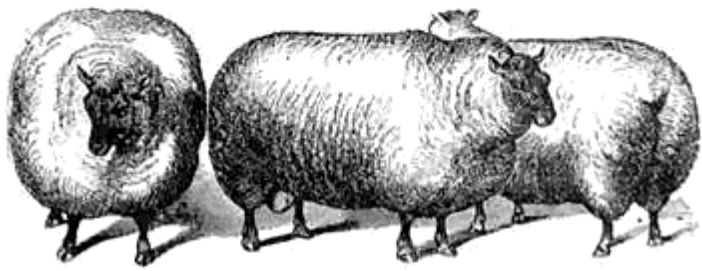
—¿Por qué lleva usted un paraguas, con la solanera que está cayendo ahí fuera?

A lo que el siempre ingenioso Holmes respondió:

—It will rain at eight o´clock this evening.

Don Antonio no entendió una palabra.

No obstante, ese día de calor albaceteño, bascoso y aplastante, llovió a las 8 de la tarde. Y no llovió poco, sino un aguacero de los que obligan al viandante a entrar en la cafetería y tomarse un cortado.



"La jeune filie à l’agneau”

Una carta

Hostal de_____
Chinchilla, España

Jul 15, 1866

Estimado señor reverendo:

Le escribo la presente desde este país que, si hubiere de ser de su gusto, no lo es en absoluto del mío. No mencionaré el insufrible calor que padecen los habitantes del erial en el que ahora me encuentro, pues hablarán por sí solas las gotas de sudor que habrán de manchar, aquí y allá, estas páginas. Admito que este clima seco debe ser muy aconsejable para las personas de cierta edad que sufren de reumatismos, pero sinceramente, cuando hablo de España, prefiero el país de Galicia antes que el llano de esta meseta a la que llaman La Mancha (“The Stain” en nuestro idioma; supongo que recibe ese nombre por los lamparones que aparecen en las camisas durante el verano, de día o de noche).

Como usted imaginará, señor, estas palabras que le envío no tienen como motivo una consulta profesional: de hecho, en la tarde de ayer puse punto y final a mi estudio sobre el Teorema del Binomio, y retaré a cualquiera de nuestros colegas a que busque errores en mis planteamientos, desarrollos y conclusiones. No espero ser invitado al Christ Church College para realizar una exposición pública, sobre todo después de1 lamentable acoso al que se ha visto sometida mi familia, pero estoy seguro de que alguna pequeña universidad le brindará a este joven matemático la posibilidad de aspirar a su cátedra. Usted sabe que mis parientes no andan cortos de recursos e influencias, con las que habrían de nivelar la tramposa balanza política en caso de que mis indudables méritos académicos no hicieran entrar en razón a los responsables de nuestras instituciones universitarias, incapaces de admitir como par a un muchacho de veinte años.

Tengo la certeza de que mi tratado será bien acogido en Europa, y serán solamente las escasas lumbreras de nuestros compatriotas las que dejen de admirarse ante la sencillez y genialidad de mis novedosas tesis acerca del elemental $(a+bf)^2$ Señor, cada vez estoy más convencido de que Inglaterra es un lugar no demasiado acogedor para las mentes brillantes como la mía o, en menor medida, la de usted… mentes que, por supuesto, no dejan de carecer de ciertas debilidades humanas.

Sinceramente, espero que su afición a la fotografía y a las meriendas campestres con las hijas del decano no le lleven a padecer fas persecuciones que sufren otros menos afortunados: pienso, por ejemplo, en mi hermano mayor, un militar destinado en la India, cuyo honor se ha visto socavado en alguna que otra ocasión por sus desencuentros con los nativos. Se trata de un caso clarísimo de persecución política, si en mi vida lie visto uno, sobre todo si tenemos en cuenta que los presuntos desmanes de mi hermano se produjeron hace ya casi diez años, y fueron consecuencia directa de la Rebelión de los Cipayos. Tenga usted por seguro que la Historia convertirá en héroes a los cabecillas de los amotinados (los desaparecidos criminales Nana-Sahib, el Príncipe Dakkar, y otros muchos), y que los hombres como mi hermano serán recordados como carniceros. No es la primera vez que sucede algo así entre los míos, pues mi abuelo, John Herncastle, sufrió idéntica suerte tras su enfrentamiento con las hordas del sultán Tipu-Sahib en 1799, durante la heroica Toma de Seringapatam. El aprendizaje implícito en estos hechos resulta obvio: el tiempo no pone a nadie en su sitio, sino todo lo contrario. Usted, señor reverendo, no será recordado por sus audaces sátiras políticas que circulan en panfletos, ni por su novedosa forma de entender la fotografía, ni por sus problemas aritméticos, sus criptogramas y sus adivinanzas filosóficas. No será “uno de los mayores exponentes del Christ Church de Oxford", o “una luz del pasado que ilumina el futuro”, sino un autor de fábulas para niños, y si no se me hacen oscuras sus intenciones acerca de su último trabajo, también se le recordará como “el hombre que dedicó) a la Reina un Tratado Matemático sobre las Determinantes”. Quedará ese pseudónimo con el que firma sus cuentos, y su verdadero nombre será relegado al olvido.

Mi intención tampoco es hablarle de España y sus circunstancias, que por supuesto, no carecen por completo de interés. En Madrid fui testigo de un pronunciamiento, cosa en verdad nada extraordinaria, pues aquí se suceden unos a otros como si la figura de la Reina de España, Isabel II, no fuera más que una marioneta en manos de politicuchos y viejas glorias castrenses. Presumo que aquí, nuestra querida monarca, V.R., no gozaría de una vida tan tranquila y relajada como en Buckingham, y probablemente habría mandado ahorcar hace tiempo a ese general Pim del que tanto se habla en la capital. Entre estas aventuras políticas, y con las hazañas de los demasiado frecuentes salteadores de caminos, que aquí llaman “bandoleros”, mantiene el español ocupados sus mementos.

Como le decía, señor, simples circunstancias puntuales que en nada atañen al pensamiento abstracto.

El motivo de esta misiva es, por tanto, relatarle unos hechos acaecidos en la diminuta población donde me encuentro actualmente, alojado en una casa de hospedaje. Chinchilla es uno de esos pueblos peninsulares, rodeados por una muralla y situados en lo alto de lo que

aquí entienden por montes, y estoy convencido de que posee los elementos propios del lugar de paso que, tarde o temprano, se verá desplazado por alguna localidad mejor comunicada. Mi estancia aquí se ha prolongado inusitadamente, pues en realidad me dirigía al Sur, y esta parada no habría sido más que una de tantas en el camino desde Madrid a Andalucía. Ya adivinará usted que mi interés por estos parajes no puede tener mucha relación con murallas, castillos y viejas iglesias, aunque me veo forzado a admitir que algunos aspectos arquitectónicos de este pueblo, como pueda ser su plaza principal, poseen cierto austero encanto medieval que no me desagrada totalmente.

Sucedió, señor reverendo, que entrada la madrugada de ayer, nuestro cochero logró) hacer que los caballos coronaran la empinada senda que conduce a Chinchilla, y mis compañeros de viaje y un servidor bajamos del carruaje en la ya citada plaza del pueblo para dirigirnos a la hospedería principal. (Como es de esperar, entre los viajeros que me acompañaban no se encontraba ni uno sólo de nuestros compatriotas, algo que habría sido estadísticamente improbable). Francamente, resultó) para nosotros toda una sorpresa encontrar allí, congregados, a un buen número de los habitantes del pueblo: algunos de ellos portaban antorchas, y otros habían salido a la calle con hoces y otras herramientas del agro. Uno de mis compañeros, una señora de Madrid que había estado maltratando los oídos de su señor esposo durante el viaje, y por defecto, los oídos de los demás viajeros, creyó) por un momento que aquello era una comitiva que salía a recibirnos. Más concretamente, pensó) que salían a recibirla a ella. Su marido, un caballero infinitamente más discreto que su señora, le susurró) al oído que sin duda esperaban “al pisaverde inglés”, en clara referencia a mi persona. Lo cierto es que durante todo el trecho desde Madrid habían intentado mantener alguna conversación conmigo, sin demasiado éxito, pues fingí no conocer más palabras castellanas que “buenos días”, “perdón” y “no hablo español”. Por su parte, ellos empezaron a sospechar, sin fundamento alguno, que a pesar de mi juventud yo era “alguien un diplomático, un noble, o algo por el estilo.

Pero claro, aquella gente de la plaza no esperaba recibir a nadie, y sólo el cochero y yo nos percatamos de que los palos y las antorchas no presagiaban nada bueno.

Descendimos del coche, y yo tomé mi equipaje y me pegué discretamente a los zapatos del conductor, a quien pedí me indicara el camino de la hospedería, pero éste se limitó a señalar una calleja que salía de la plaza, y a continuación se perdió entre la multitud.

No me fue difícil dar con la casa de huéspedes, pues a la entrada había una mujer que llevaba un candil en la mano, e iluminaba un cartel junto a la puerta donde aparecía la palabra HOSTAL y el nombre de su propietario o propietaria. (En un cuartucho de ese establecimiento, no

tan poco higiénico como se podría esperar, me encuentro en este mismo momento).

Le expliqué en el castellano más fluido del que soy capaz (en realidad mis conocimientos van algo más allá del saludo y las disculpas, aunque en absoluto sería capaz de hacerme pasar por un nativo) que venía de Madrid, y tenía intención de pasar la noche allí. Sin embargo, la mujer no me hizo demasiado caso, pues estaba pendiente de lo que sucedía en la plaza.

"¿Lo ha visto usted?", me preguntó con demasiada familiaridad, algo muy propio de estos españoles. "Sí, hay mucha gente en la plaza", le respondí. "¿Pero lo ha visto a él?", insistió), y ya no me quedé) más remedio que preguntar: "¿A quién?"

Entonces, sin mediar palabra comprensible alguna, me hizo pasar a la casa, me obligó a tomar asiento junto a una gran mesa donde los huéspedes almuerzan, comen y cenan, y me sirvió un generoso vaso de vino, que acompañó con pan y queso de oveja muy curado. Y me conté) una extravagancia tan extraordinaria que me hizo pensar de inmediato en usted y en ese fantástico librito suyo con que me obsequié) el año pasado, y por el que, como ya le he dicho unas líneas más arriba, le recordarán a usted.

La historia es la siguiente:

Hace una indeterminada cantidad de años (la mujer fue incapaz de precisar una techa, aunque calculo que unos cuarenta, o pocos más), Chinchilla vivió una noche aterradora cuando el cielo se iluminó inusitadamente con luces de origen desconocido. La descripción indica que no se trató de una lluvia de meteoros, ni de ningún otro fenómeno conocido, pues el diámetro de las luces (al menos una docena) oscilaba, como si se acercaran y alejaran… amén del hecho de que parecían circular por el firmamento con voluntad propia. Huelga mencionar que todo el pueblo saltó a la calle para contemplar, sin duda con terror, el espectáculo. Según esta señora, que por aquel entonces era una niña, los vecinos hicieron gala de su (con perdón de usted) verborrea religiosa, y señalaron, supongo que con bastante elocuencia:

> *a) Que se trataba del Fin del Mundo. (Aquí utilizan una expresión castellana muy concreta, que reproduzco en su idioma original: "LA fin del mundo", en femenino).*
>
> *b) Que el Diablo había bajado para llevar al Infierno a los pecadores. (Este comentario lo atribuyó esta señora al por entonces párroco de la Iglesia).*
>
> *c) Que el cielo se estaba desplomando sobre sus cabezas. (Otro castigo divino)*
>
> *d) Que eran ángeles custodios, que venían a llevarse a los*

niños a alguna nueva cruzada en tierras africanas, americanas, o sólo Dios sabe dónde.

Tras presenciar el fenómeno, que se prolongó durante algunas horas, los habitantes de Chinchilla regresaron a sus casas para dormir, aunque es de suponer que poco, pues se acostaron con el miedo en el cuerpo.

Al día siguiente, los vecinos se reunieron en la iglesia para escuchar cómo el cura les arengaba con la opción b). Además, el santo varón del pueblo aprovechó para reclamar bienes materiales que, como usted sabe, tan indispensables son para los cuidadores de almas. En resumen, el párroco les aseguró que se habían librado de una buena, pero sólo por el momento, pues los pecadores estaban condenados y aquello sólo había sido una muestra de los horrores que habrían de venir.

Sin embargo, aquel sermón no causó el efecto esperado, pues ya antes de que los feligreses hubieran entrado al templo, había empezado a correr un rumor que apoyaba, aunque no con demasiada fuerza, la tesis d): los ángeles se habían llevado no a los niños, sino a un pastor que solía pasar las noches con el rebaño al otro lado de la muralla, al pie de la sierra.

Cuando la familia del pastor (cuyo nombre no tiene importancia) continuó este extremo, el rumor se convirtió en noticia oficial. Al parecer, uno de los hijos del desaparecido fue en busca de su padre, y encontró el rebaño, el perro, un óvalo de pasto quemado y cubierto de cenizas junto a un pequeño chamizo que el pastor utilizaba en los días de lluvia, y ni rastro del individuo.

Se dio parte a las autoridades pertinentes. Los vecinos rastrearon toda la zona durante días, y nadie fue capaz de dar con ese hombre. El párroco aprovechó la circunstancia para dar al asunto tintes de cariz sensacionalista, si así lo quiere, cuando indicó que los demonios (ya no era sólo El Diablo, sino las mismísimas Legiones del Tártaro) se habían llevado al pastor por practicar actos contranatura con las bestias que guardaba.

En este punto de la historia, la mujer me sirvió más vino, y se desvió del camino para narrar una anécdota acerca de un cabritillo nacido con pies humanos, lo que ella atribuía al efecto de las poluciones nocturnas (o diurnas) de algún otro pastor: me temo que si usted, señor, no se considera darwinista, yo al menos pienso que la posibilidad de procreación entre distintas especies es, si no remota, sencillamente imposible. Hace un año tuve ocasión de escuchar una conferencia al respecto, debida a una autoridad en la materia, el médico viviseccionista Moreau, cuyas ideas me fascinaron e interesaron. El doctor Moreau asegura que esos prodigios que la naturaleza realiza por sí misma, meras malformaciones cuyo origen se halla quizá en el período de gestación

del individuo, él puede remedarlos, si no mejorarlos, a golpe de bisturí. Un tema apasionante, si me lo permite, y con el que usted seguramente no comulgue: ya le imagino redactando un artículo acerca de lo que llamará "Algunas falacias populares acerca de la Vivisección". Aunque prefiero no incurrir en el error de la posadera y regresar cuanto antes a la historia principal.

Pero, ¡ay, señor reverendo!, las circunstancias hicieron que la disquisición cuasi científica de esa amable y parlanchina mujer fueran sus últimas palabras acerca del asunto, pues cuando parecía que iba a retomar el hilo, entraron por la puerta de la posada, y en tropel, mis compañeros de viaje, que llevaban en volandas al pobre conductor. La casa entera estallé) en voces atropelladas, y de todo aquel escándalo en lengua bárbara, entresaqué, escuchando al matrimonio madrileño y a los otros tres viajeros (de los que no daré noticia, porque no vienen al caso), que algún animal de bellota, nervioso por la confusión en la plaza, había golpeado a nuestro cochero con no sé qué instrumento de labranza, por no sé cuál disputa acerca del lugar donde los caballos debían pasar la noche. O al menos, eso me pareció entender a mí

Lo cierto es que el hombre no tenía buen aspecto, pues le habían abierto una brecha considerable en mitad de la frente, pero en cualquier caso, parecía consciente y vuelto en sí, aunque lógicamente, se quejaba de dolor. La posadera dispuso que llevaran al cochero a una de las habitaciones, y nos fue indicando al resto de los huéspedes nuestros respectivos dormitorios.

Por mi parte, caí rápidamente en la cuenta de que si el conductor estaba herido, era probable que fuéramos a quedarnos varados allí durante más tiempo del necesario, de modo que me convertí en voluntarioso samaritano y medico aficionado. Pedí permiso para entrar en la habitación del cochero, y le eché un vistazo por cuenta propia: en verdad, mí improvisado "paciente" tenía una fractura de cráneo bastante importante, y ante esta tesitura, sugerí a la posadera que marchara en busca de algún médico de verdad.

No se sorprenderá demasiado, reverendo, pues en ciertos aspectos este país no es tan distinto del nuestro, cuando le diga que la persona más capacitada que entró a ver a nuestro conductor fue un veterinario quien, de haber tenido una tez más rojiza y menos cetrina, habría pasado por un escocés.

Con estas poco halagüeñas perspectivas para nuestra partida a la mañana siguiente, decidí dar el día por concluido, pues no quedaban demasiadas horas de sueño por delante.

Pasé el resto de la noche sudando sobre un colchón relleno de paja que pica horrores, escuchando el zumbido de unos enormes mosquitos que no consideran suficiente alimento lo que chupan de las bestias en las cuadras, y pensando qué relación podía existir entre el revuelo en la

plaza del pueblo, la pregunta de la posadera ("¿Lo ha visto usted?", me había dicho), y esa conseja de viejas acerca de luces en el cielo, ángeles, diablos, y el mismísimo fin del mundo.

Sólo conseguí conciliar el sueño cuando me aislé de las circunstancias ambientales y pude concentrarme durante dos minutos en el asunto para dar con la respuesta. En realidad, era muy sencillo: el pastor desaparecido durante años había regresado, y todo el pueblo había salido a la plaza para verlo con sus propios ojos.

Esa conclusión, tan poco satisfactoria por improbable, y desde cualquier punto de vista, ridícula, me permitió dormir un par de horas, hasta que el gallo cantó en un patio vecino.

Hice mis abluciones en una palangana de agua fresca, aunque no demasiado limpia; me cambié de ropa y bajé al comedor, donde encontré a un hombre que debía ser el dueño del hostal.

El caballero me sirvió un almuerzo que sólo puedo definir como "español", y que no me resultaba desconocido: vino, pan y queso.

Mientras trasegaba con la comida, apareció por allí la mujer que me había atendido la noche anterior, y que resultó ser la hermana del amo de la casa. Se lamentó de mi aspecto, y señaló con muy poco tacto mis ya de por sí marcadas ojeras. Siempre hay quien se preocupa por mi salud cuando contempla mis ojos hundidos en las cuencas, y la prematura melena grisácea que corona mi cabeza, ¡pero es que esa señora estuvo a punto de llamar de nuevo al veterinario para que me viera! Por supuesto, me negué en redondo, y aproveché para preguntar por la salud del cochero: "Ese tiene para mucho", me dijo, y aquello no me importuné) demasiado, pues ya estaba resignado a pasar unos días en Chinchilla. Entonces recordé la historia de las luces, y me aventuré a preguntar por el destino final del pastor.

"Pues apareció ayer, sabe usted", dijo, y como si tal cosa, tomó el jarro de vino tinto que me había puesto su hermano y se sirvió un vaso con toda la confianza del mundo. No sé de su experiencia con el bello sexo, señor reverendo, pero en lo que a mí atañe, sólo he encontrado damas tan resueltas y seguras de sí mismas en los locales más sórdidos de Londres, y como usted bien sabe, se las denomina con una palabra muy concreta.

Obviamente, recordé mis disparatadas conclusiones de la madrugada, y le pedí a la mujer que fuera un poco más explícita. Los hechos eran los siguientes:

El hombre que había desaparecido hacía tantos años durante el suceso de las luces, se había personado la noche del día anterior en la puerta de la que había sido su casa. No había llamado, ni hecho ademán de entrar, sino que se había quedado en el umbral, de pie. El dueño de la casa se percaté) de que había alguien merodeando, y cuando salió a la calle para ver de quién se trataba, se encontró con su padre, al que no

veía desde aquella aciaga noche.

La noticia saltó al dominio del pueblo en cuestión de minutos. Los vecinos salieron de sus casas para ver con sus propios ojos lo que sólo sabían de oídas, y alguien (algún seguidor del ya difunto párroco de los viejos tiempos) sugirió que aquello, para variar, era algún truco demoníaco. El misterioso aparecido (o reaparecido) fue arrastrado hasta la plaza del pueblo, donde se estaban reuniendo los habitantes, algunos de ellos preparados por si había de terciarse algún linchamiento… y en esas estaban cuando nuestro coche llegó a Chinchilla, justo en el momento más dramático.

Después de todo, parecía que la agresión que había sufrido nuestro conductor no se había debido a ninguna disputa racional relacionada con los caballos, sino a un malentendido con uno de los exaltados.

"Y respecto a su regreso, ¿qué explicación ha dado el pastor?", pregunté inocentemente. "Ninguna", dijo la mujer, y me quitó un pedazo de pan que corté) con sus propias manos y se lo echó a la boca. "Dicen que por no hablar, no dice ni mus", me explicó, signifique lo que signifique "mus".

Fue entonces cuando mis compañeros de viaje comenzaron a bajar por las escaleras para tomar el almuerzo, y aproveché la tesitura para saludar a todos con un sonoro "buenos días", retirarme discretamente, y escapar de las predecibles especulaciones matutinas, quejas e insulsas conversaciones de esos aburridos individuos.

Ya en la calle, me permití el lujo de caminar sin rumbo por estas empinadas cuestas, sumido en mis reflexiones, eso sí, algo enturbiadas por el vino. Pensé en varias direcciones:

1. Mi ridícula conclusión nocturna parecía haberse convertido en la explicación oficial. Sin embargo, mi mente racional la rechazaba… casi completamente. Para el pensamiento abstracto no existe lo extraordinario, pues no se trata de un valor lógico.

2. El asunto de las luces tenía ciertas resonancias que me resultaban familiares, y no tardé en recordar algunas lecturas en la prensa inglesa, e incluso en algunas publicaciones científicas, como algunos anuarios meteorológicos, donde se describían fenómenos no muy distintos al de las "luces vivientes" o "dirigidas". La leyenda quizá sí tuviera una base de realidad.

3. El caso del hombre que regresa de ninguna parte guarda ciertas semejanzas con un asunto que aún sigue vigente en las mentes de los estudiosos de toda Europa, y que sin duda usted conocerá: se trata del problema de Kaspar Hauser, un joven de

dieciséis o diecisiete años que, en mayo de 1828, apareció en mitad de Nuremberg. Apenas podía caminar. No hablaba. Nadie lo conocía. Cuando fue llevado ante la Policía, logré) articular dos frases en alemán, y llegó a escribir dos palabras en un pedazo de papel: "Kaspar Hauser". Durante años, fue tratado por médicos y científicos alemanes, atónitos ante las reacciones del muchacho frente a elementos cotidianos, como la cerveza o el fuego: no los conocía. Fue en parte reeducado. En 1829, escribió su propia historia: aseguraba haber pasado toda su vida encerrado en una habitación, donde un encapuchado le servía comida. Carecía de noción alguna del tiempo. Sufrió varios atentados contra su vida, que se sospecharon autoinfligidos, pero finalmente, fue asesinado, sin lugar a dudas. Jamás se capturé) al responsable.

4. Estaba claro que yo sentía curiosidad por este fantástico asunto, y quería confirmar sus extremos.

Pregunté a un labriego que pasaba por el mirador adonde mis pasos me habían llevado si sabía dónde podía encontrara la familia del pastor, y me dio unas inusitadamente precisas indicaciones… sobre todo gestuales, pues no entendí una sola palabra.

A la entrada de la casa había una pareja de ancianos que conversaban entre ellos. Les dije que era médico, y que quizá mi presencia fuera de anida. Me miraron de arriba abajo, y me explicaron que ellos habían conocido al individuo en cuestión cuando eran unos jovencitos. "¿Es él?", pregunte, y contestaron afirmativamente. Estaban guardando la casa para evitar que los vecinos curiosos (como yo) entraran a molestar a la familia. No obstante, estaba claro que los primeros curiosos eran ellos.

Una señora de cierta edad me franqueó la entrada, y se presentó como la nuera del pastor. A pesar de lo que había sucedido, su marido había tenido que bajar el monte para cuidar el rebaño, que no entiende de problemas humanos. Su suegro, me indicó, estaba sentado a una mesa, en la sala de estar. "Ojalá pueda usted ayudarlo", me dijo, y asentí.

El individuo en cuestión aparentaba no más de treinta y cinco años. Exteriormente, no tenía muy mal aspecto, pues lo habían lavado y aseado.

Intenté hablar con él. Chasqueé los dedos ante su rostro, le tomé de la mano, realicé un somero examen físico, y sólo reaccionó ante el dolor, eso sí, con cierta violencia.

Y eso es todo lo que pude obtener de ese hombre de mirada perdida y expresión afable que, indudablemente, se hallaba en un estado de

catatonía, supongo que permanente.

“¿Es realmente su suegro?”, le pregunté a la señora. “Eso dice mi marido”, respondió la mujer.

Le pedí que me indicara el camino al lugar donde su marido cuidaba el ganado, pues deseaba charlar con él. La mujer se me quedé) mirando unos segundos, sonrió, sacó la cabeza por una ventana y profirió a voz en grito no sé qué nombre. Al poco apareció por la puerta una jovencita algo desarrapada.

“Acompaña a este caballero adonde tu padre, anda”, le ordenó a la muchacha, que me tomó de la mano y me arrastró calle arriba y calle ahajo, y luego por un camino descendente por donde salimos del pueblo.

La verdad es que en un principio aquello me sonó a encerrona: ¿tendría esta gente la idea de emparentar con ingleses de buena cuna? El temible pensamiento no me pareció del todo errado, y lo cierto es que la chica tenía cierto encanto. Pero señor reverendo, no se haga ilusiones, pues el día de mi boda se halla todavía muy lejos, ya veces creo que aún ha de nacer la mujer a la que tolere.

A trompicones entre los arbustos y el pedregoso terreno, llegamos a pie de monte, y pronto divisamos el rebaño. La muchacha corrió junto a su padre, le dio dos besos, y supongo que le explicó quién era yo.

El pastor se acercó a mí con la mano extendida, y cuando se la estreché y pude verle de cerca, me di cuenta de un hecho asombroso, y que hasta ese momento me había pasado desapercibido, quizá por su obviedad. Hasta las mentes más poderosas cometen deslices.

“Es imposible que el hombre que apareció ayer a la puerta de su casa sea su padre”, le espeté antes de que mediáramos palabra alguna. “Por su apariencia, usted no puede tener menos de cincuenta años, mientras que ese señor es, indudablemente, más joven”.

“Y sin embargo es mi padre”, me dijo, “¿no habría de conocerlo yo, que soy su hijo?”

Y se echó a llorar, sin vergüenza alguna, ante un perfecto desconocido.

De repente, me di cuenta de que el drama tenía unas proporciones desconocidas para mí. La estampa de ese pastor español que lloraba por la situación imposible que le había tocado vivir me pareció tan tremendo, que hube de apartar la vista. Ahora, mientras escuchaba los sollozos, podía ver a la jovencita, que nos miraba desde una roca donde había abrazado a un cordero: la imagen de la inocencia, señor reverendo, tal y como la plasmó Greuze en cieno cuadro, un lienzo que el año pasado adquirió algún mentecato en la sala Portalis de París… una obra que, lo juro, algún día será mía.

No tengo que decirle, señor, que aquello me conmovió profundamente.

Y nada más he de añadir a este relato, que como ve, tiene tanto de infantil como sus fábulas para niños: absolutamente nada.

Esto sucedió lince dos días, que como ya le he dicho, he aprovechado para finalizar mis trabajos académicos. Anuncia la posadera que un mozo de un pueblo cercano se hará cargo mañana por la mañana de nuestro coche y nos sacará de aquí para siempre. Así lo espero.

Sin embargo, este suceso, del que con justicia podrá usted dudar, me ha abierto los ojos. Mi tratado sobre el Teorema del Binomio se me antoja ahora trivial comparado con la vastedad del universo. Como científico, mi mirada se alza ahora más allá de los globos aerostáticos, más allá de las nubes… hacia nuestro satélite, los planetas y las lejanas estrellas, esos ojos luminosos que nos vigilan atentamente todas las noches desde la bóveda celeste. ¿Qué magníficos poderes habitan a nuestro alrededor, reverendo? ¿Qué portentos, qué prodigios?

Alguien debería arrancarle al cielo sus secretos.

Ya ha visto usted hasta qué punto el Tiempo puede ser injusto con los hombres, y realmente, no conozco caso más ilustrativo que el que aquí he narrado. En lo que a mí respecta, no espero que el Padre Kronos, o el Futuro, o la Historia, hagan conmigo una excepción, y por ello he decidido que, si la muerte no ha de situarme en el lugar que me corresponde, al menos tendré lo que merezco en vida, aunque para ello deba arrebatarle sus tesoros a los hombres.

Así es mi voluntad, señor reverendo.

Atentamente, su amigo y colega
James Moriarty

(A la atención del Rev. Charles Lutvidge Dodgson, Christ Church College, Oxford, Inglaterra)

Hace cien años, el señor Altamont, de Chicago, pasaba a engrosar las filas de los agentes del espía alemán Von Bork.

MUY PRONTO... *El ojo en el laberinto: una aventura de Sherlock holmes.* Por ROBERT H. BLAKE.

J.C. contra el Dinosaurio Diablo: Una novela escrita por Jubelo Fowler. EN BREVE...

NO DEJE DE ADQUIRIR...

EL HOMBRE QUE MATÓ AL CONDE DRÁCULA

LA NUEVA OBRA MAESTRA DE

NORM ELDRITCH

COLECCIÓN BISONTE FUTURO

Acompañado por el grupo del doctor Van Helsing, el joven texano Quincey Morris asestó con su cuchillo Bowie la puñala mortal que habría de acabar definitivamente con la existencia del maléfico Conde Drácula. Pero aquel acto heróico le costó la vida...

¿O no fue así?

Descubra ahora el trágico destino del enamorado secreto de Lucy Westenra, que fue mordido por la mujer a la que amaba (una obscena y turgente vampiresa), y regresó a su Texas natal convertido en una criatura de la noche, un ser sediento de sangre que había sido

EL HOMBRE QUE MATÓ AL CONDE DRÁCULA

Una nueva novela de NORM ELDRITCH, indiscutible Rey del WEIRD WESTERN, y autor de títulos inolvidables como *La rata gigante de Sumatra en el Oeste* y *Cuatreros de Venus*, ambos publicados en la prestigiosa colección Bisonte Futuro. SI SE LO PIERDE... DESEARÁ QUE LE PEGUEN UN TIRO.

EN MAYO: Cuatreros de Venus, de NORM ELDRITCH Número 92 de Bisonte Futuro. Imprescindible.

BISONTE FUTURO es la colección de novelas sobre el Extraño Oeste que le trae todos los MARTES un nuevo relato con los más temibles pistoleros de Texas, los sheriffs más audaces de Arizona, los forajidos más peligrosos Nevada, y los monstruos más terroríficos de nuestro planeta y de toda la galaxia. PÍDALA EN SU KIOSCO.

LOS NAUFRAGOS DE VENUS — Escriba a fabulasext@hotmail.com — Resérvela YA.